

Pedro Muñoz Seca.

LO QUE DIOS DISPONE

Comedia en tres actos.

50 cts.

116

LO QUE DIOS DISPONE

PEDRO MUÑOZ SECA

LO QUE DIOS DISPONE

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Reina Victoria, de Madrid, el día 13 de noviembre de 1925.

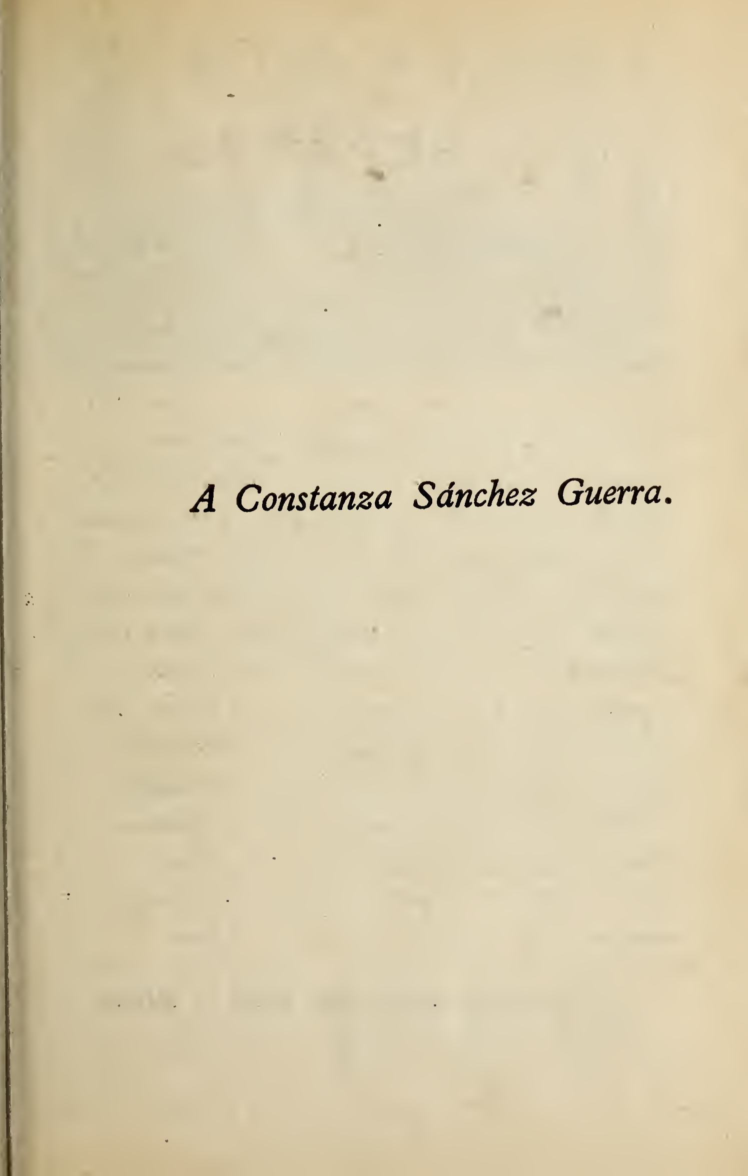
DIBUJOS DE GUTIERREZ NAVAS.



LA FARSA

O III | 30 DE NOVIEMBRE DE 1929 | NUM. 116

MADRID

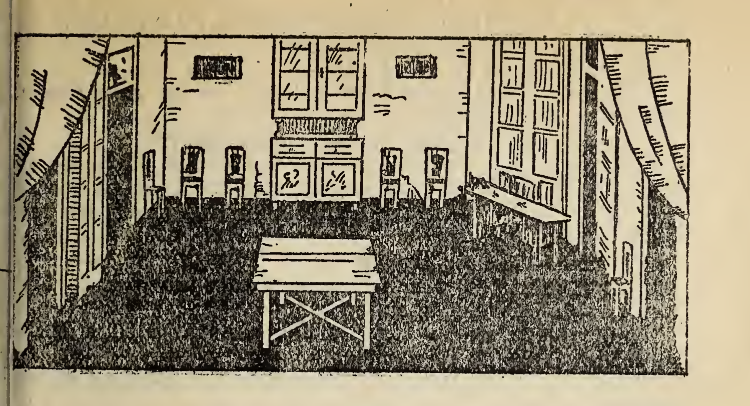


A Constanza Sánchez Guerra.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Angela	Sra. Alba.
Laura	Srta. Barrón.
Pilar	Caba (J.).
Benita	Sra. Sanz.
Isidra	Srta. Caba (I.).
Teresa	G. Granda.
Doña Manolita	Sra. Manso.
Carmen	Srta. Pujó (B.).
Leoncia	Caba (P.).
Nicanor	Sr. Bonafé.
Guerrita	García León.
Fermín	Perales.
Negrales	Hidalgo.
Calunge	Bruguera.
Eduardo	Oltra.
Don Bernardo..............................	Gutiérrez.
Quiroga	Caba.

Oficialas bordadoras.—La acción en Madrid.



ACTO PRIMERO

Habitación en casa de Angela Casalvo; una habitación de un piso cuarto de una casa de quinto orden. Puerta de entrada en primer término de la izquierda (actor). En este mismo lateral y en chaflán, un balcón. En el lateral derecha, dos puertas. Ante el balcón hay una mesa de escritorio, con su correspondiente sillón. En el centro de la escena, una mesa de comedor pequeña. En el fondo, un aparador; entre las dos puertas de la derecha, una librería. Seis sillas de comedor completan el mobiliario. Este mobiliario será modestísimo: de nogal chapeado y viejo. La acción en Madrid. Epoca actual. En el mes de mayo. Es de día.

(Al levantarse el telón están en escena NICANOR *y* GUERRITA. *Nicanor es un señor como de setenta años, pero ágil y fuerte. Viste birriosamente; cada prenda de un color distinto, y, desde luego, "al difunto le estaban mejor". Usa quevedos o gafas, de esas que los cristales tienen hechura de media luna, para poder mirar cómodamente por encima de ellos. Guerrita, dependiente de una carbonería y en traje de mecánica, lo mismo puede tener treinta y cinco años que cincuenta; con tantísimo tiznón no hay quien calcule.)*

GUERRITA.—*(Con un papel en la mano.)* De manera, don Nicanor, que de la cuenta nada, ¿eh?

NICANOR.—*(Tristemente.)* Nada, amigo Guerrita, nada.

GUERRITA.—¿Pero nada tampoco a cuenta de la cuenta?

NICANOR.—Tampoco: y créame usted que lo siento hasta llorarlo.

GUERRITA.—Más lo siento yo, porque le dije al señor Ver-

ganza, mi principal, que hoy no volvería yo a la tienda co las manos limpias como otras veces.

NICANOR.—Pues ya usted ve...

GUERRITA.—*(Mordiéndose un dedo que es un puro tiznón.)* ¡Por vida de la inopia!...

NICANOR.—No se enfade usted, amigo Guerrita.

GUERRITA.—Pero hombre; si es que llevo ya año y medio...

NICANOR.—Yo le aseguro a usted que el día menos pensado sale usted de esta casa con los treinta y dos duros que se l deben y diez más.

GUERRITA.—Con los treinta y dos me conformo, don Nicanor. Ni el señor Verganza ni yo admitimos propinas. Lo nuestro, y nada más que lo nuestro.

NICANOR.—Ya sé, ya sé, picarillo, que va usted a entrar en sociedad con su principal.

GUERRITA.—*(Muy halagado.)* Sí, señor; ahí andamos en esos tratos.

NICANOR.—¡Hay que ver qué suerte!... Tan joven y condueño de una de las mejores carbonerías que hay en Madrid.

GUERRITA.—Hombre, al cabo de cuarenta años que llevo en la casa...

NICANOR.—¡¡Ordago!!

GUERRITA.—¿Eh?

NICANOR.—*(Admirado.)* ¿Cuarenta años?

GUERRITA.—Días tras día.

NICANOR.—¡Pero si yo creía que tenía usted treinta y cinco a lo sumo!

GUERRITA.—Sí, sí... ¡Cincuenta y tres!

NICANOR.—¡Reteórdago!... *(Examinándole.)* ¡Y ni una cana!

GUERRITA.—¡Está usted apañao!

NICANOR.—¿Qué?

GUERRITA.—Que si me viera usted en Alicante, en el mes de agosto...

NICANOR.—Qué, ¿se baña usted?

GUERRITA.—Natural: y al quinto baño ya me caneo unas miajas; pero al décimo, me quedo más blanco que el Comendador. *(Ríe Nicanor.)* Sí, usted se ríe, pero a mí maldita la gracia que me hace, porque raro es el año que no tengo algún lío por causa del kilométrico. Como me retrato aquí de negro, cuando me ven luego de blanco, dicen los revisores que soy mi padre.

NICANOR.—¡Su padre!

GUERRITA.—Y se arma cada bronca, que se para el tren.

NICANOR.—¿Pero es que usted no se lava durante el invierno?

GUERRITA.—Hombre..., según. Yo, agua me echo tóas las mañanas pa espabilarme; ahora que dejo que ella se seque

ola, ¿sabe usted?, porque si principiara yo a restregarme con oallitas..., vamos, no ganaría yo para toallas.

Nicanor.—Sí, sí; bajo ese punto de vista...

Guerrita.—Ahora, cuando firmemos esa escritura ya será otra cosa. Como condueño tendré que contratar y que dar a cara...

Nicanor.—¿Y la va usted a dar limpia?

Guerrita.—Por lo menos tengo que dar siempre la misma a evitar confusiones, de manera que una de dos: o tengo ue lavarme tóos los días o que no volverme a lavar nunca amás.

Nicanor.—Hombre, yo creo que debe usted lavarse, amigo uerrita.

Guerrita.—Eso me dice también Verganza; pero es una ensión y un cuidao más tóos los días, ¡y tiene uno tantas osas encima!...

Nicanor.—¡Y que lo diga usted! En fin, usted tiene ya resuelto el problema del mañana. Ha sembrado usted y recoge el fruto. ¿Pero y yo?... Treinta y dos años de apuntador en as mejores compañías de España y América, y ahora que se me ha estropeado la vista y ya no sirvo, un puntapié y a vivir a costa de mi hermana y de mis sobrinas..., que las pobres viven de milagro... He nacido un poco pronto. A los apuntadores de hoy no les ocurrirá esto mañana.

Guerrita.—Entonces... ¿no cuenta usted con nada? ¿Ni siquiera le ha quedao un retiro?...

Nicanor.—No me ha quedado más que la calle de Sevilla, donde sableo a los compañeros que se dejan. ¡Qué vejez la mía, amigo Guerrita! Si ustedes quisieran colocarme en la carbonería para llevar las cuentas...

Guerrita.—Se lo diré al señor Verganza y cuando firmemos la escritura hablaremos.

Nicanor.—¿Tardará eso mucho?

Guerrita.—No sé. En cuanto nos pongamos de acuerdo en un detalle. Porque es que yo quiero que mi apellido figure en la muestra de la tienda, y dice el otro que la gente se va a reír cuando lea "Verganza y Guerra".

Nicanor.—¡Qué simpleza!

Guerrita.—¿Verdad que sí?

Nicanor.—Claro, hombre; pero si es hasta bonito: "Verganza y Guerra".

Guerrita.—Como la carbonería está en la "Plaza del Dos de Mayo"...

Nicanor.—Tonterías.

Guerrita.—En fin, don Nicanor, ¿le parece a usted que me

dé una vuelta por aquí dentro de un rato, cuando esté su hermana, doña Angela?

NICANOR.—*(Dudando.)* Mal día es hoy, amigo mío. Ya usted ve: son las doce y media y no sé todavía qué es lo que vamos a comer.

GUERRITA.—¿Así andamos?

NICANOR.—Los seis últimos días de cada mes son verdaderamente calamitosos. El día que los sindicalistas establezcan el mes de veinticuatro días entro en el partido. Porque es que a cada mes le sobran esos seis días. Hoy no hay en esta casa ni un céntimo. Para traer los litros de leche que necesita la enferma he tenido yo que hacer más equilibrio que una foca.

GUERRITA.—¡Válgame Dios! ¿Y cómo sigue la muchacha?

NICANOR.—Bastante mal. Ahí está el médice ahora: don Bernardo Sanjuán: una gran persona; un santo, porque Sanjuán es un santo; pero no tengo fe en él: un médico que no receta figúrese usted.

GUERRITA.—Este Sanjuán es el de los toros, ¿no?

NICANOR.—El de los toros es San Lucas.

GUERRITA.—No digo eso. Digo qué si este Sanjuán es uno que ha inventao una cosa pa que no sufran los caballos de los toros.

NICANOR.—¡Ah, sí! Un anestésico inyectable. Pero no quieren emplearlo, porque dicen que resulta carísimo y que no vale la pena. ¡Si será buena persona, que por no ver sufrir a los pobres animales!...

GUERRITA.—Pues ahora dicen que está dándole vueltas a una combinación para que a los toros le salgan los cuernos blandos. *(Ríe Nicanor.)* En fin, don Nicanor, hasta luego. Daré una vueltecita cuando esté aquí su hermana de usted. Yo siento mucho ser pesao, pero...

NICANOR.—Sí; vuelva cuando guste, amigo Guerrita; no faltaría más. Usted viene siempre a su casa... *(Se van por la izquierda.)*

(Por la derecha, segunda puerta, entran en escena DON BERNARDO, LAURA *y* PILAR. *Don Bernardo es un afable señor como de cincuenta años, un poco descuidado en punto a indumentaria. Pilar, un poco más joven que Laura, es tan mona como ella y un algo más pizpireta que ella.)*

PILAR.—¿Pero siempre ha sido usted así, don Bernardo?

DON BERNARDO.—Siempre, hija mía. Me he pasado la vida en tonto.

PILAR.—Con lo que usted ha viajado.

DON BERNARDO.—¡Quita! No he ido más que a Francia. Tenía en Lila un pariente y me fuí allí a aprender bien el francés. Yo digo, en broma, que cuando no he estado en tonto he

estado en Lila. *(Ríen Laura y Pilar.)* Nunca he sabido hacer negocio, ni medrar... Logré una plaza de catedrático auxiliar en la Escuela de Medicina y me echaron porque no suspendía jamás a ningún alumno.

LAURA.—¿Y por eso se puede echar a nadie?

DON BERNARDO.—Es que abusaban de mí, Laurita. Les aprobaba, aunque no supieran ni linda jota y, tratándose de futuros médicos, eso era peligrosísimo. Un día me sorprendió el decano examinando de Partos a uno de aquellos sinvergüenzas, y la catástrofe. Porque es que aquel no sabía absolutamente nada, y como yo estaba decidido a aprobarle, le dije: "Si me contesta usted a una sola pregunta, no le suspendo." Y le pregunté: "Vamos a ver, ¿en quién es más frecuente los partos, en el hombre o en la mujer?"

PILAR.—¡Por Dios!

LAURA.—¡Pero don Bernardo!

DON BERNARDO.—Me echaron, hijas mías.

PILAR.—¡Claro!

DON BERNARDO.—Pero no le suspendí.

LAURA.—Bueno. ¿Y cómo encuentra usted a la enferma?

DON BERNARDO.—No está peor, pero tampoco puede decirse que haya experimentado ninguna mejoría.

PILAR.—Lleva varios días con menos fiebre.

DON BERNARDO.—No es su estado actual el que me preocupa, sino el porvenir. Teresa está amenazada de una tuberculosis muy grave.

LAURA.—¡No lo permita Dios!

DON BERNARDO.—Amén. Pero para tratar de evitarlo le dije ayer a vuestra madre, que puesto que no hay plaza gratuita en ninguno de los Sanatorios cercanos, es preciso llevar a esa muchacha a Panticosa, en seguida. Si no va..., también se lo he dicho a vuestra madre, será muy pronto un caso perdido.

LAURA.—¡Jesús!

PILAR.—*(Haciendo con los dedos un gesto de estar a dos velas.)* ¡Pero don Bernardo de mi alma!...

DON BERNARDO.—Sí; ya sé que es hasta inhumano hablar de eso a quien carece de recursos; pero mis deberes de médico y de amigo me lo imponen.

LAURA.—Mamá está siempre dispuesta a todos los sacrificios, bien lo sabe usted, pero no basta con querer hacerlo. es necesario poder.

DON BERNARDO.—Es verdad. ¡Pobre Angela! Después de tantos trabajos y de tantos afanes, verse condenada poco menos que a la miseria.

PILAR.—Suprima usted el poco menos, don Bernardo; porque aquí la que no es Papús, es como de la familia. Y hoy es de

los días más "papusianos" que yo recuerdo. Con decirle a usted que mamá se ha decidido a vender la miniatura de la abuela...

Don Bernardo.—¿Eh?

Laura.—A eso ha salido la pobre. Es lo único que había defendido, sin duda por recordar el cariño que papá la tenía, pero ante las circunstancias...

Don Bernardo.—¡Qué crueldad de la suerte!

Pilar.—No sé si se hará muchas ilusiones: afirma que la miniatura es de gran mérito y esperaba sacar por ella quinientas pesetas tal vez.

Don Bernardo.—¡Ojalá!

Laura.—Ya me contentaría con que le dieran quince o veinte duros, y en último caso, menos: lo preciso para acabar este mes sin agobios. Para los que viven como nosotros, de una corta pensión y del trabajo de costura, tan mal pagado siempre, los últimos días de cada mes son de un martirio cruento.

Don Bernardo.—¡Válgame Dios!... Bueno, ¿y no hay maridos a la vista? Porque eso sería una solución...

Pilar.—Ya lo creo. ¡Ojalá! Esta parece que...

Laura.—Vamos, quita.

Pilar.—Diga usted que sí, don Bernardo. Como es la más bonita de las tres y la más fina...

Laura.—¡Qué tonta!...

Pilar.—Tiene los pretendientes por docenas y la siguen por centenares y recibe las cartas por gruesas.

Laura.—No digas sandeces.

Don Bernardo.—¿Y qué, ella se inclina?...

Pilar.—Se inclina hacia el lado.

Don Bernardo.—¿Cómo?

Pilar.—Hacia el vecino de ahí al lado, un muchacho que está colocado en el Banco Español y que es hijo de un antiguo cobrador de la casa.

Don Bernardo.—Pues a ver, hija mía, a ver...

Pilar.—Eso digo yo: a ver.

Nicanor.—*(Entrando por la izquierda.)* ¡Malhaya sea!...

Don Bernardo.—¿Qué le pasa a usted, hombre de Dios?

Nicanor.—Que el día que amanece con neblina se echan los ingleses a la calle con unos deseos de cobrar que no hay diplomacia que los ataje. Más que ingleses parecen rifeños.

Don Bernardo.—*(Riendo.)* ¡Este Nicanor!...

Nicanor.—Cuidado que yo sé dar la coba como el que más, porque a mí me encierran en un chiquero con un miura y como el toro no sea sordo a los cinco minutos me saca la raya con el cuerno derecho y me abanica con el rabo. Pero, caracoles, los días neblinosos declaro mi insuficiencia fosfórica.

DON BERNARDO.—*(Riendo.)* Me hace gracia...

NICANOR.—Sí, usted se ríe, pero aquí quisiera yo verle a usted toreando a cuerpo limpio desde que nace el día hasta que muere el sol, que eso se canta, y como zortzico es lindísimo, pero... ¡¡reteórdago!!...

LAURA.—¿Qué te ha pasado, tío?

NICANOR.—Hija, que hay mañanas que parecen noches.

PILAR.—¿Ha venido mucha gente?

NICANOR.—Desde Guerrita el de la carbonería, que es un novillo lidiable, hasta San José el tendero del once, que ha subido con una caña filipina de esas de muchos nudos que daba terror el verla. ¡Y que venía con unas intenciones!...

PILAR.—¡Dios mío!

NICANOR.—Como que entró diciendo: "Aquí está San José de "palasán".

LAURA.—¡Qué gracioso!

NICANOR.—Menos mal, que "intelectus apretavit discurrem que rabian", y le trasteé de una manera que, claro, no le convencí porque hay neblina, pero tampoco me agredió.

PILAR.—¡Qué angustia de vida!...

NICANOR.—Y nada, que por más que busco, no encuentro donde ganar unas pesetas para ayudar en algo a esta gente, amigo don Bernardo. Me dijeron que Arturo Catatrigo, el escultor, estaba haciendo un grupo del descendimiento de Nuestro Señor y que necesitaba un modelo para el Cristo, me presenté a él esta mañana, le dije: "Oiga usted, don Arturo, ¿podría yo hacer el Cristo?" Y va él, me examina y me contesta: "Usted no hace el Cristo ni bañándose." ¿Les parece a ustedes? No, si hoy está el diíta de alivio de luto, porque luego me encontré en la Puerta del Sol a Heriberto Mingorance, un amigo mío de toda la vida, le dije, preparando el terreno?..." "¿Quieres creer, Mingorance, que llevo tres días sin comer?..." Y el muy sinvergüenza salta a un tranvía del Hipódromo y va y me dice desde la plataforma: "Pues ten cuidado, Nicanor, porque con el estómago no se puede jugar..." ¡Mira que la salida!... En fin, paciencia e insistencia: ese es mi lema.

PILAR.—¡Pobre tío!

NICANOR.—Y lo peor es que Teresita está muy mal, ¿verdad?

DON BERNARDO.—Sí, amigo Nicanor. Ya dije ayer a Angela, y ahora acabo de decir a las chicas...

NICANOR.—Sí, lo de Panticosa. Es usted un humorista, don Bernardo, que, vamos, usted corre el circuito de la cháchara y gana el primer premio. ¡A Panticosa!... ¡Cualquier cosa!

DON BERNARDO.—Mi deber es advertir.

NICANOR.—Pues por advertidos.

DON BERNARDO.—Ea, quedad con Dios. Hasta mañana. Recuerdos a la madre.

PILAR.—Muchas gracias, don Bernardo. *(Le acompaña.)*

DON BERNARDO.—Mujer, por Dios, ¿vas a molestarte?

PILAR.—No faltaría más.

LAURA.—Adiós, don Bernardo. *(Mutis del médico y de Pilar.)*

NICANOR.—¡A Panticosa!... Como cuando me dijo a mí que debía ponerme a régimen de huevos, leche y pescados. ¡Nos ha fastidiao! Y a propósito, ¿habéis pensado algo sobre la comida de hoy?

LAURA.—No te preocupes por nosotras ahora. Cuando vuelva mamá, veremos. Lo importante es que vayas a buscar en seguida la leche para Teresa.

NICANOR.—Esa ya está, mujer. Tenemos cuatro litros en casa.

LAURA.—¿Eh?

PILAR.—¿Cuatro litros?

LAURA.—¿Conseguiste por fin que el lechero...?

NICANOR.—¿El de la esquina? ¡Vamos! En todo este barrio, ni en el de Chamberí, queda quien me fíe ni medio cuartillo.

PILAR.—¿Entonces?...

NICANOR.—Ideé una martingala, me fuí al barrio de Argüelles, y anduve de lechería en lechería hasta que me dió resultado.

LAURA.—Tío Nicanor, el día que menos lo pienses, te zampan en la cárcel.

NICANOR.—¡Pchs! Allí dan de comer...

PILAR.—¿Qué martingala ha sido? ¿Puede saberse?

NICANOR.—Nada, un recurso inocentísimo: entraba en las lecherías y decía, con cara de infeliz: "Muy buenas; que me den las botellas del señor González." "¿Del señor González?... ¿Qué botellas son esas?... Aquí no sabemos..." "Pues usted me perdone; será en la otra tienda." Y así en una lechería, y en otra, y en otra..., hasta que en una me dijeron: "Tome usted", y me dieron esos cuatro litros. Porque es lo que yo pensaba: ¿Dejará de haber algún González que mande diariamente por leche a alguna lechería?... Era cuestión de resistencia y de recorrerlas todas.

LAURA.—¡Jesús!

NICANOR.—En cambio, el procedimiento de las legumbres me ha fallado hoy de una manera que no sé cómo no me han asesinado.

PILAR.—¿De las legumbres?

NICANOR.—Sí, mujer. Ya sabes que uno de los recursos que

empleo cuando se nos acaba el dinero y no hay para la compra, es el ir por las tiendas pidiendo muestras de garbanzos, o de lentejas, o de judías, según lo que apetezco. Claro que no me dan en ninguna parte más que unas cuantas; pero a las cincuenta y una tienda que recorro, reuno ya kilo y cuarto. *(Risas.)*

LAURA.—Eres grande, tío Nicanor.

NICANOR.—Grande, ¿eh? Sí, sí... ¡Si supieras la que me han jugado!...

LAURA.—¿Qué?

NICANOR.—Pues que se conoce que entre los dependientes de las tiendas de ultramarinos habían corrido la voz, y que me estaban esperando, porque entro esta mañana en la Mantequería Leonesa, pido una muestra de garbanzos, diciendo que era corredor de granos, y cuando yo aguardaba el papelito con los consabidos gabrieles, sale un señor grueso con una tranca, y si no salto como un corzo, me desoccipucia.

PILAR.—Es que comprenderían que no eres corredor.

NICANOR.—Pues vieron que lo era, porque el de la Leonesa me levantó la tranca al dar la primera campanada de las doce, y cuando daba la última, estaba yo en la Cibeles hablando con el tío de los cacahuetes y proponiéndole la venta en ochenta y cinco céntimos de ese sombrero de copa que yo utilizo como cesto de papeles. Luego vendrá a por él; al menos tendremos ochenta y cinco céntimos.

PILAR.—No te apures. Hoy tendremos dinero. Mamá ha ido a vender la miniatura, y cuando tarda tanto...

NICANOR.—Tu madre es algo optimista; en eso os parecéis las dos. Ella cree que la miniatura es una joya, y yo creo que es una birria como de aquí al Japón. En fin, ojalá la den algo por ella, porque es que nuestra situación, en vez de mejorar, empeora por días. Anoche me confesó vuestra madre que tiene ya recibida por anticipado la pensión de tres meses.

LAURA.—¿De tres? Yo creía que era solamente la de uno...

NICANOR.—A vosotras no os dice las cosas por no afligiros; pero está la infeliz que se ahoga en un bock.

PILAR.—Dios nos abrirá puertas, tío Nicanor. No hay mal que cien años dure, ni hay mal que en bien no se convierta y mude.

NICANOR.—No, refranes no te faltarán a ti. *(Suena un timbre dentro.)* ¿Otra vez? ¡Sí que está hoy el difta!... Pues con el humorcito que yo tengo, como sea otro inglés y se me ponga tonto, vamos a tener boxeo. *(Como iluminado por una idea.)* ¡Caramba, ese procedimiento, a más de ser nuevo, puede darnos un gran resultado!... "Aquí vengo con la facturi-

ta." "Ahí van dos patadas y un metido." Rodamiento de escalera, rompimiento de clavícula; se corre la especie, y cualquiera sube con una cuentecita... *(Vuelve a sonar el timbre.)* ¡Va!... Va por ustedes. *(Se va por la izquierda.)*

PILAR.—Y es muy capaz de hacerlo.

LAURA.—Quita por Dios, mujer; ni que estuviera loco. *(Quedan las dos escuchando. Se oye hablar dentro.)* ¿Eh?

PILAR.—Parece la voz de Eduardo.

LAURA.—Sí, Eduardo es. ¡Qué cosa tan rara! ¿Cómo habrá salido tan pronto de la oficina? ¿Ocurrirá algo?...

(Por la izquierda entran en escena NICANOR *y* EDUARDO. *Este es un muchacho como de treinta años; viste bien.)*

NICANOR.—¡Jesús, Jesús!

EDUARDO.—¿De modo que aquí no se sabía?

NICANOR.—Ni una palabra.

EDUARDO.—Me extraña, porque el lance ocurrió hace ya dos horas...

LAURA.—Pero ¿qué ha sucedido?

EDUARDO.—Menos de lo que pudo suceder, aunque de todos modos dos cosas desagradables. La primera, que mi padre está herido...

PILAR.—¿Herido?

LAURA.—¡Dios mío!...

EDUARDO.—Por fortuna, levemente; pero figúrate el susto que yo me llevaría cuando me avisaron desde la Casa de Socorro, adonde hubo que conducirle a causa de la hemorragia. Y excuso decirte el susto de mi pobre madre...

LAURA.—¿Te avisaron desde la Casa de Socorro?

EDUARDO.—Sí; allí fué donde yo le encontré y donde él se dió cuenta de la segunda desgracia: de la pérdida de los ocho mil duros que acababa de cobrar.

NICANOR.—¿Le han robado? *(Nicanor no puede ocultar su nerviosismo.)*

LAURA.—¡Ocho mil duros!...

PILAR.—¡Qué horror!...

EDUARDO.—Imagínate cómo estará él y el disgusto que hemos tenido todos. Es la primera vez que le ocurre un accidente de esta clase en tantos años que lleva de cobrador.

PILAR.—Pero ¿cómo ha sido el suceso?

LAURA.—Sí, cuenta, por Dios.

EDUARDO.—Una verdadera desdicha. Mi padre salió esta mañana, como todas, a sus ocupaciones, empezándolas por cobrar en el Banco de España un talón de cuarenta mil pesetas. Fué su primer cobro y una fortuna que sólo fuera esa cantidad, pues si no, sería mayor la pérdida a estas horas.

NICANOR.—Bien, bien; pero...
EDUARDO.—Subió por la calle de Alcalá a la del Turco, y entró en un bar que hay allí, para presentar una letra al cobro. Estaba charlando tranquilamente con el encargado, cuando oyó en la calle un gran ruido de voces, al que siguió un disparo de arma de fuego, y notó que la gente se arremolinaba a la puerta del cafetín. Un hombre con una pistola en la mano, sin duda el que había hecho el disparo, huyendo de otro que esgrimía una navaja, entró en el bar seguido por su perseguidor, y en el momento en que éste levantaba el brazo para herir al que huía, mi padre se interpuso entre ambos. Iba aquél ciego de cólera, y quiso apartar al que trataba de impedir su venganza, dándole un empujón violento; pero mi padre se agarró a él con todas sus fuerzas, y los dos rodaron por el suelo luchando desesperadamente.

LAURA.—¡Jesús!

EDUARDO.—Entonces fué cuando recibió la herida en el brazo derecho, sin que lo pudieran evitar los que acudieron a separarlos.

NICANOR.—¡Si no puede uno meterse a redentor!...

PILAR.—*(A Nicanor.)* ¡Calla!...

EDUARDO.—Huyó el de la pistola, seguido de algunos que gritaban: "¡A ése, detenedle!"... La calle se llenó de gente en seguida, y como papá sangraba en abundancia y estaba medio desvanecido, le llevaron en brazos a la Casa de Socorro entre cinco o seis personas de las que nunca faltan en casos semejantes.

LAURA.—Entonces, ¿tú crees que...?

EDUARDO.—Aquí empiezan mis dudas. ¿Fueron estas personas las que le robaron? ¿Fué alguno de los muchos curiosos que se acercaron a él? ¿Fué el mismo a quien salvó, que huyó con el dinero?... ¿No fué robo quizá, sino que la cartera se le cayó en la lucha? ¿Fué premeditada y preparada aquella reyerta para dar el golpe y despojar a mi padre de lo que llevaba?...

NICANOR.—Quita, hombre, por Dios. ¿Quién va a suponer semejante desatino?

PILAR.—El, ¿qué dice?

EDUARDO.—El no puede afirmar nada; recuerda únicamente que al volver en sí, mientras le hacían la cura, su primer pensamiento fué para el dinero que acababa de cobrar, y que al echarse mano al bolsillo, no estaba ya en él el sobre con los cuarenta billetes... Y eso es todo lo ocurrido.

NICANOR.—¿Y tú sabes si detuvieron por fin al que corría perseguido?

EDUARDO.—Creo que no.

NICANOR.—¡Hay que ver, en un minuto, todo lo que le puede ocurrir a un hombre!

PILAR.—¡Qué espanto!

LAURA.—¿Y dices que la herida no es grave?

EDUARDO.—Afortunadamente; pero como la sangre es tan escandalosa... Ya estaba andando por toda la casa y se disponía a comer. No sé cómo no ha venido por aquí.

NICANOR.—Entonces, aun tenemos que darle muchas gracias a Dios...

EDUARDO.—Por lo que toca a su vida, ciertamente, puesto que ha estado a punto de perderla; pero en lo que se refiere al dinero...

PILAR.—Nadie dudará de tu padre, me figuro.

EDUARDO.—Desde luego.

NICANOR.—¡Tuviera que ver!

EDUARDO.—La primera persona que ha estado a visitarle ha sido su jefe, el cajero del Banco. Ha ido a verle de parte del director, y le ha tranquilizado sobre ese punto, como es natural; pero así y todo, comprenderás que el pobre está que puede ahogársele con un cabello. Al fin y al cabo se trata de ocho mil duros.

NICANOR.—*(Nerviosísimo, descompuesto y queriendo disimular.)* ¡Ordago!... Ahí es nada... ¡Cuarenta mil pesetas! La serie de banquetes que iba yo a darme con cuarenta mil pesetas. Nada de comer a la una y cenar a las nueve; ¡sección continua! Hasta puede que tirase las gafas y recuperase mi antigua vista. Por lo menos, engordaría bastante, y me diría todo el mundo: "¡Caramba, Nicanor, tiene usted mejor vista!"; y con el "calembur" me contentaría. *(Bebe temblorosamente un poco de agua.)*

PILAR.—Jesús, tío, ¿qué te pasa?

NICANOR.—Nada, mujer, nada.

LAURA.—Tío, ¿por qué no te quedas un ratito con Teresa mientras vamos Pilar y yo a ver a don Vicente? No está bien que aguardemos a que venga él, como todas las tardes.

NICANOR.—Bueno, mujer, con mucho gusto.

LAURA.—Pues, vamos; son dos minutos nada más.

EDUARDO.—Os lo ha de agradecer muchísimo.

NICANOR.—Deja la puerta abierta.

LAURA.—Sí.

EDUARDO.—Hasta luego. *(Haciendo mutis, con Pilar y Laura, por la izquierda.)* No llamen ustedes, que traigo el llavín de la puerta. *(Se van.)*

NICANOR.—*(Dejándose caer en una silla y respirando a sus anchas.)* No sirvo para malhechor. Cuidado que en este caso no era yo más que un cómplice lejano, y lo fuí porque eso

canallas me cargaron de vino y, ya borracho, hablé más de la cuenta; pero no sirvo. Cuando oí que le habían herido, por poco me caigo redondo. ¡Maldito vino y maldita miseria!... *(Se va por la segunda puerta de la derecha.)*

(Tras una breve pausa entra en escena, por la izquierda, ANGELA. *Trae una botella de vino y seis o siete paquetes, que deja atropelladamente sobre la mesa, porque viene nerviosa, descompuesta, como huyendo de alguien. Angela tiene cincuenta años y es mujer de buena presencia. Viste hábito del Carmen y chaqueta o jersey negro, y se toca con un manto de medio luto. En uno de los bolsillos de la chaqueta trae un paquete.)*

ANGELA.—*(Tranquilizándose un poco.)* Nadie aquí... Mejor. *(Se acerca a la segunda puerta de la derecha y escucha.)* Están con Teresa... Aprovecharé ahora... *(Corre, procurando no hacer ruido, un cerrojillo que habrá en la puerta indicada.)* ¿Por qué tiemblo, madre mía? Yo no he hecho nada malo... Esto es algo que Dios ha dispuesto... *(Se quita el manto y el jersey y los pone sobre una silla cercana a la mesa escritorio.)* Ni la hoja del árbol se mueve sin su voluntad... *(Temerosamente saca del pecho un sobre lleno de billetes de Banco.)* ¡Cuánto dinero!... ¡Y me lo han dado a mí!... ¡Es mío!... Sí. Cuando Dios los ha puesto en mi camino en el momento en que iba buscando el medio de salvar a mi hija, es porque quiere que sean míos... Estos billetes pueden ser su vida, amenazada de muerte... ¡Sí! Tomaré de ellos lo estrictamente necesario, y con el propósito de reintegrarlo en seguida... Esto es un préstamo; un préstamo nada más, que me hace su dueño, sea quien sea... *(Sentándose ante la mesa y sacando de otros bolsillos más dinero.)* Yo he gastado ya... *(Ajustando mentalmente sus cuentas.)* Eso es... Los tres billetes para Panticosa... Los recibos de la casa... Estas dos cuentas, cuyo pago era indispensable... *(Suena el timbre de la puerta.)* Y aquí hay...

NICANOR.—*(Dentro, aporreando la puerta.)* ¡Laurita!

ANGELA.—*(Asustada, como loca, ocultando el dinero.)* ¿Eh? ¿Quién? ¡Fuera de aquí!... ¡Dejadme!...

NICANOR.—¿Pero quién ha cerrado?

ANGELA.—*(Más repuesta.)* ¿Eh?...

NICANOR.—Angela, ¿estás ahí?... *(Vuelve a sonar el timbre.)* Ábreme.

ANGELA.—*(Procurando ocultar su emoción.)* Va... Espera... *(Guarda el sobre en el cajón de la mesa del despacho.)*

NICANOR.—Pero ¿qué haces?... ¿No oyes que llaman?

ANGELA.—¡Espera, digo!... *(Abriendo la segunda puerta de la derecha.)* ¡Qué prisa tenéis todos!

NICANOR.—*(Entrando.)* Pero, criatura, ¿estás loca? ¿Qué pasa, para que cierres la puerta?... *(Viendo los paquetes que hay sobre la mesa.)* ¿Eh?... ¿Pero qué es esto, Angela? ¿Son viandas? *(Examinándolas.)* ¡De casa de Alvarez!... ¡Mi abuela!... Permíteme que les clave la uña y olfatee. *(Lo hace y huele.)* ¡Angela de mi vida, que esto es jamón!

ANGELA.—De York.

NICANOR.—¡Vivan los Estados Unidos! *(Oliendo otro paquete.)* ¡Ordago!... ¡Y viva Pamplona!... ¡Y una botella de fino Coquinero!... Y estas son gambas... Y esto es mantequilla: me apuesto dos dedos...

ANGELA.—¡Qué olfato!

NICANOR.—Digo que al uñear me ha puesto dos dedos como para chupármelos. *(Se los chupa. Vuelve a sonar el timbre.)*

ANGELA.—Tendré que abrir yo. *(Se va por la izquierda.)*

NICANOR.—Sí, mujer, perdona; es que como acabo de ver el cielo abierto, me olvidé de la puerta... *(Colocando los paquetes en fila.)* ¡Vaya un ajedrez estomacal! La botella, la reina. Bueno, me voy a poner tonto. *(Rumor de voces dentro.)* Son las chicas. ¡Se van a alegrar poco!...

LAURA.—*(Entrando, seguida de Pilar y de Angela.)* ¿A ver? ¿A ver, tío Nicanor?

NICANOR.—Parpadea, hija mía.

LAURA.—¡Jesús!

PILAR.—¡Menudo festín!

ANGELA.—*(A Pilar.)* Mujer, era preciso que todos almorzáramos bien algún día, sin que tú tuvieras que cocinar.

NICANOR.—Escucha, hermana, ¿has heredado? Porque este inesperado banquete es un milagro de la Providencia.

ANGELA.—Di de la suerte, y basta.

PILAR.—¿Cómo? ¿Te has hecho atea? ¿Tú, que siempre lo esperas todo de Dios?

ANGELA.—Por lo mismo que creo en El de verdad, no quiero mezclarle en algunas cosas humanas. Suponemos a veces que es Dios quien las hace, y luego puede que sea el... demonio.

LAURA.—Me extraña que hables así.

ANGELA.—Es que vengo un poco nerviosa. No extrañes que diga algún disparate.

LAURA.—¿Tanto te ha hecho padecer la venta de la miniatura?

ANGELA.—¿Eh?

LAURA.—Porque me figuro que todo esto... *(Por las viandas.)*

ANGELA.—¡Claro! ¿Qué podría ser si no?...

LAURA.—Y este extraordinario que te has permitido me hace pensar que la has vendido en buenas condiciones.

ANGELA.—Naturalmente.

PILAR.—¿En cuánto, mamá?

ANGELA.—*(Indecisa.)* El... precio total no lo sé todavía. Hasta ahora, sólo he tomado una cantidad a cuenta... Se han quedado con la joya, y luego, luego me darán el resto...

LAURA.—Pero ¿se acerca a las quinientas pesetas que tú pedías?...

ANGELA.—¡Más!... ¡Muchísimo más!... *(Todos se maravillan.)* ¡La miniatura es una verdadera alhaja!

LAURA.—Entonces, ya siento el despilfarro de este festín. No has debido malgastar ni un céntimo; no has debido olvidar lo que ayer te dijo a ti y hoy ha vuelto a repetirnos a nosotros don Bernardo.

ANGELA.—Eso es ya cosa decidida. Hoy mismo saldrán para Panticosa Teresa y Pilar; el tío las acompañará. Ya tengo los billetes tomados.

NICANOR.—¿Eh?...

LAURA.—¿Pero...?

NICANOR.—Recuerda, Angela, que, según el cálculo que hicimos el otro día, ese viaje, por muy económicamente que se haga, tiene que costar lo menos mil quinientas pesetas...

ANGELA.—No importa; se hará.

PILAR.—¡Dios mío!

ANGELA.—Tengo dinero para que se haga. Y no me preguntéis más. Ya os he dicho que hoy vengo muy nerviosa. Disponedlo todo para que comamos. Voy a ver a la niña.

LAURA.—Pero...

NICANOR.—Es que...

ANGELA.—Dejadme; no me preguntéis nada; estoy muy nerviosa, muy nerviosa... *(Se va por la derecha, segunda puerta.)*

LAURA.—*(Contentísima.)* ¡Chica, qué suerte!... Ayúdame.

PILAR.—¿Ves cómo Dios mejora sus horas?

NICANOR.—¡Yo en Panticosa!... ¡Quince días comiendo de fonda! *(Entre los tres quitan los paquetes de sobre la mesa, los colocan en el aparador, y mientras una pone el mantel y los platos, etc., etc., los otros desatan los paquetes y van poniendo las viandas en platos, etc., etc. Todo ello rápidamente y durante el diálogo.)*

PILAR.—Cómo te vas a poner, tío.

NICANOR.—Nada, que me voy a salir con la mía: voy a volver con mejor vista. *(Abriendo un paquete.)* ¡Requeteórdago! ¿Es que sueño?

PILAR.—¿Eh?

NICANOR.—De este paquete no me había yo dado cuenta.

PILAR.—¿Y qué es?

NICANOR.—¡Un pollo!

LAURA.—¿Un pollo?

PILAR.—¡Ay, tío, déjame que baile con él un poquito!...

NICANOR.—¡Suelta! No sabe. Es un pollo de buenas costumbres. Además, que como está muy gordito, iba a sudar.

LAURA.—¡Qué hermosísimo es!...

PILAR.—Lo que se dice un pollo cremoso.

NICANOR.—¡Ya lo creo!... Pechugón, coligrueso... Vamos, un pollo bien. No es de esos pollitos escrofularios... ¡Lo que pesa!... *(Piropeándole.)* ¡Olé ya los pollos corridos! ¡Bueno, si yo pudiera, sería ornitívoro!

LAURA.—¿Qué es eso?

NICANOR.—Que comería aves solamente. El cordero y el cabrito, para los lobos; me molestan los animales bérreos. *(Poniendo el plato del pollo sobre la mesa.)* Hasta luego, vida mía. ¡Caramba! Está la mesa, ¿eh?, como para darla un empujón. *(Cogiendo la botella.)* Voy a saludar a este Coquinero, para que vea que también yo soy fino... *(Se dispone a abrirla. Suena el timbre de la puerta.)* Espera.

LAURA.—¿Será el panadero?

(El timbre vuelve a sonar.)

PILAR.—Sí...

NICANOR.—Anda, Pilarcita.

PILAR.—Voy. *(Se va por la izquierda.)*

LAURA.—Diré a mamá que está todo listo. *(Mutis por la derecha.)*

NICANOR.—*(Abriendo la botella.)* ¡Ideal "buqué"! *(Bebe un trago.)* ¡Celestial "paladé"!... ¡Nicanor, cómo te vas a poner el tambor!... Y no hablemos de los quince diítas de Panticosa. ¡Con lo balneófilo que yo soy! *(Rumor de voces, dentro.)* ¿Eh? ¿Con quién habla Pilarcita?

PILAR.—*(Entrando con unos panes.)* Tío...

NICANOR.—¿Qué? ¿Quién es?

PILAR.—Ahí está otra vez Guerrita, el de la carbonería.

NICANOR.—¡Caracoles con Guerrita! Ese es también de los de paciencia e insistencia, como yo. Lo que toca hoy, le voy a epatar. Me conviene a mí recuperar mi crédito. *(Acercándose a la puerta de la izquierda y hablando hacia el lateral.)* Pase usted, amigo Guerrita. *(Trajina por la escena tarareando destemplada y desentonadamente una canción muy popular.)*

GUERRITA.—*(Entrando.)* Buenas...

NICANOR.—¡Hola!

GUERRITA.—Como le dije que volvería cuando estuviese aquí doña Angela...

NICANOR.—Sí, sí... *(Tararea como antes.)*

GUERRITA.—*(Aparte.)* ¡Señores, qué mesa!

NICANOR.—Pilarcita, entra y di a tu madre que está aquí Guerrita. Se le deben ciento sesenta pesetas.

PILAR.—Sí, señor. *(Mutis por la derecha, segunda puerta.)*

GUERRITA.—Vamos, don Nicanor...

NICANOR.—¿Eh?... *(Sigue tarareando.)*

GUERRITA.—Digo que la mesa está pocha.

NICANOR.—Sí; son los entremeses.

GUERITA.—Como me dijo usted antes...

NICANOR.—Es que hemos ganado uno de los pleitos: el de la Habana. Hoy nos han entregado veintidós mil duros, una carga de chirimoyas, y el mes que viene entraremos en posesión de las dos casas: el ingenio y la fábrica de guayaba. *(Tarareando.)* ¡Ay, guayaba, guayaba!...

GUERRITA.—*(Boquiabierto.)* ¿Pero es de veras?...

PILAR.—*(Entrando en escena.)* ¿Trae usted la factura?

GUERRITA.—Sí, señora.

PILAR.—Pues tome usted. *(Entregándole el dinero.)* Ciento, cincuenta y diez.

GUERRITA.—Está muy bien. Hoy no me voy con las manos limpias.

PILAR.—Ni muchísimo menos.

GUERRITA.—*(A Pilar.)* Tome usted la cuentecita. *(Se la da.)*

NICANOR.—¡Ah, amigo Guerrita, una súplica! No le diga usted a nadie que somos ricos, para evitar murgas y sablazos...

GUERRITA.—Descuide usted.

NICANOR.—Y ahora una gamba de propina. *(Le da una gamba.)*

GUERRITA.—La guardaré para postre.

NICANOR.—Póngala en un papelito.

GUERRITA.—Quiá, no me ensucia.

NICANOR.—Pero la ensucia usted a ella. Ya es una gamba estilográfica y dentro de nada, calamar.

GUERRITA.—¡Bah!... Bueno; pues noragüena y quedarse con Dios.

PILAR.—Adiós.

GUERRITA.—Me figuro que ya no querrá usted entrar de dependiente con nosotros, ¿eh?

NICANOR.—Hombre, no. De dependiente, no.

PILAR.—¿Eh?... *(Nicanor le dice por señas que se calle.)*

NICANOR.—Pero cuando regrese de un viaje que voy a hacer, puro turismo, como me son ustedes simpáticos, les propondré algunos negocios. Dígaselo al amigo Verganza.

GUERRITA.—Sí, señor; con mucho gusto. Ea, repito la noragüena. Con Dios. *(Inicia el mutis por la izquierda, mirando a Pilar, y diciendo.)* Lo que me gusta a mí esta niña. La veo y

me pongo colorao. Y es que es mucha niña. *(Suspira y, al irse, tropieza con* Fermín, *que entra en escena por la izquierda.)*

Fermín.—*(Que es un hombre joven, mal encarado, achuladísimo y que viste algo derrotadamente.)* ¿Decía usted?

Guerrita.—No; nada. Buenas tardes. *(Vase.)*

Nicanor.—*(Tras una breve pausa, a media voz, y temeroso de ser escuchado.)* ¿A qué vienes aquí? ¿A perderme? ¡Contesta: ¿No hemos quedado en que nunca nos veríamos en nuestras casas y menos en ésta, que está a dos pasos de la de ese hombre?...

Fermín.—Es que lo que ha pasao... ¡Maldita sea mi sangre!

Nicanor.—¡Baja la voz!

Fermín.—Todo perdido, don Nicanor.

Nicanor.—¿Eh?... ¿Pero?...

Fermín.—Dimos el golpe, ¡maldita sea!, que ni bordao... Hicieron una bronca, Paco el Bizco y el Negrales, que fué una maravilla. Yo tercié a mi hora y... bueno, bien; lo que se dice bien; pero el Negrales...

Nicanor.—¿Ha hecho traición?

Fermín.—Ha hecho una tontería, que es peor. ¡Por vida!...

Nicanor.—Baja la voz, hombre.

Fermín.—Usted sabe que convinimos en que la Ramona aguardaría por la calle de Santa Catalina, para que el Negrales, al pasar corriendo, le largara la guita...

Nicanor.—Sí.

Fermín.—Pues el hombre, que venía azarao porque le seguían a toda mecha, al entrar en la calle vió una mujer vestida como la Ramona y... *(Acción de arrojar una cosa.)*

Nicanor.—¡Atiza! ¿Pero no vió?...

Fermín.—Dice que fué cosa de un segundo; que en el momento de soltar el dinero, vió que aquella mujer no era la Ramona. Jura que la reconocería entre cien que le presentaran, pero no tuvo tiempo de nada; si se hubiese detenido un instante le hubieran cogido y...

Nicanor.—*(Al ver que se abre la segunda puerta de la derecha.)* ¡Calla!

Laura.—*(Hablando dentro.)* Sí; yo le diré... *(Entrando en escena.)* ¿Eh? ¿Aquí este hombre?...

Nicanor.—¿Querías algo?...

Laura.—No, nada; luego. Avísame cuando estés solo. *(Vase.)*

Fermín.—*(A quien ha impresionado mucho la presencia de Laura. A Nicanor, afanosamente.)* ¿Es algo de usté esa mujer, don Nicanor?

Nicanor.—¿Eh?

Fermín.—Contésteme.

NICANOR.—Es mi sobrina.

FERMÍN.—Sabía que vivía en esta casa, pero no sabía que era de su familia de usted. Me alegro de saberlo.

NICANOR.—¿Pero?...

FERMÍN.—Son cosas mías... y de ella.

NICANOR.—Bueno, vete; no me comprometas. Si viene Quiga y te reconoce...

FERMÍN.—No hay cuidado; apenas me ha visto. Sé yo hacer s cosas.

NICANOR.—Bien, anda...

FERMÍN.—Luego, a las ocho...

NICANOR.—Ni a las ocho ni a ninguna hora. No quiero más gocios con ustedes ni con nadie. No me fío del Negrales, de la Ramona, ni de...

FERMÍN.—Yo tampoco me fío de ellos, ni del Bizco..., ni de ted...

NICANOR.—¡Hombre!...

FERMÍN.—¡Ni de usted!... *(Mutis por la izquierda.)*

NICANOR.—Vete. ¡Maldito vino! ¡Qué arrepentido estoy!... *lamando.)* ¡Angela! Niñas... Que se enfría... *(Comiendo.)* ceitunas, sólo una.

PILAR.—*(Entrando en escena y llamando desde la puerta.)* ero... ¿vienen ustedes o no? Mamá...

NICANOR.—Sí, caracoles, que yo de Tántalo no tengo ni una olécula.

ANGELA.—*(Entrando con Laura.)* Vamos, vamos. Casualmente tengo hoy verdadero apetito. He andado tanto esta mañana... *Sentándose a la mesa con los demás.)* ¡Oh! Esto está bien. Verdad, Nicanor?

NICANOR.—Esto está como para tener tres bocas en vez una.

LAURA.—Hay ganas, ¿eh?

NICANOR.—Voy a estar meneando el bigote hasta que se me nse. *(Pinchando una tajada.)* Ea, y no hablarme hasta las es y veinticinco. *(Ríen. Se oye hablar dentro.)*

PILAR.—¡Jesús! ¿Todavía no se ha marchado el de la carnería?

LAURA.—Está en la puerta hablando con alguien.

NICANOR.—Callarse.

ANGELA.—¿Es la voz de Quiroga?

PILAR.—Sí; es don Vicente.

ANGELA.—¿Tan temprano?

QUIROGA.—*(Entra en escena por la izquierda. Tiene sesenta ños y muy buen aspecto. Para tenerse el brazo derecho inmól, trae la mano metida en la abertura del chaleco, a guisa de*

cabestrillo.) Buenos días... *(Al ver que todos se levantan.)* ¡Quietos, quietos!... O se sientan ustedes o me voy... ¿Qué es eso de hacerme a mí cumplidos?...

ANGELA.—Pues siéntese usted también y almuerce con nosotros.

QUIROGA.—Gracias. Acabo de hacerlo, aunque muy frugalmente, porque no han querido darme más que un plato de sopa y un sorbo de café.

ANGELA.—¿Por qué esa dieta, vecino?

QUIROGA.—Porque el médico dice que me he quedado un poco débil con la pérdida de sangre y que hay que alimentarme con precaución.

ANGELA.—¿Eh? ¿Pero le ha ocurrido a usted algo?

QUIROGA.—¡Cómo! ¿No sabe vuestra madre?...

LAURA.—Nada, todavía. Acaba de llegar y...

PILAR.—Con la emoción de los paquetes...

ANGELA.—¿Pero qué le ha pasado?... Claro, que lo veo así y me tranquilizo; pero diga de una vez de qué se trata.

QUIROGA.—Se trata del mayor disgusto que he tenido en mi vida, Angela. Me han robado ocho mil duros.

ANGELA.—¿Eh?... ¿Qué está usted diciendo?

QUIROGA.—Entré a cobrar en un bar de la calle del Turco...

ANGELA.—¿Ha sido por ahí en?...

QUIROGA.—Sí, señora. Intenté separar a dos hombres que reñían, y durante la lucha que sostuve con uno de ellos, que me hirió en este brazo, se me cayó, o me lo substrajeron, un sobre en el cual llevaba el dinero.

ANGELA.—*(Casi sin poder hablar.)* Llevaba usted el dinero... en un... sobre...

QUIROGA.—En un sobre... ¡Cuarenta billetes de mil pesetas!... ¡Maldita!... *(Al ver que Angela no puede respirar y casi se desmaya.)* ¿Eh? ¡Angela!... *(Acude a ella.)*

LAURA.—¡Mamá!...

PILAR.—¡Dios mío!...

NICANOR.—¡Caramba!...

ANGELA.—*(Reaccionando.)* Nada, no es nada; la impresión que me ha producido...

NICANOR.—Dadle una copa de vino y una gambita para que se le pase.

PILAR.—*(Dándole de beber.)* Toma. *(Bebe Angela.)*

ANGELA.—¡Jesús!... El rato que habrá usted pasado... ¿Y en el Banco le exigirán a usted responsabilidad?...

QUIROGA.—No, señora. Ya me han tranquilizado sobre ese punto. Como el hecho ocurrió a presencia de centenares de testigos...

NICANOR.—*(Con la boca llena, que no se le entiende.)* Además, que la honradez de usted aleja todo recelo.

PILAR.—¡Tío!

LAURA.—¡Por Dios, tío!

NICANOR.—*(Ya más claro.)* Digo, que su honradez aleja todo recelo. En tantos años de cobrador, habrán pasado por sus manos tantos millones...

QUIROGA.—Ciertamente; pero quizás por eso mismo estoy más apenado. Haber sido ahora, al final de mi vida, cuando me ha ocurrido por primera vez un percance de esa especie... ¡Creo que voy a volverme loco! Mi crédito; el de mi hijo...

ANGELA.—No hay que desesperarse. Ese dinero parecerá.

QUIROGA.—Imposible. Si fué un ratero quien me lo robó, no es de suponer que fuera con el propósito de restituírlo, y si no ha sido robo, sino pérdida, figúrese usted, la tentación de poder apropiarse cuarenta mil pesetas es demasiado fuerte para poderla resistir.

ANGELA.—Pero una persona de conciencia...

QUIROGA.—¿Y acaso abundan esas personas? Usted juzga de los demás por sí misma, y las personas tan honradas como usted escasean, amiga Angela...

ANGELA.—Sin embargo, el deber no tiene más que un camino, y el que se apodera de lo ajeno, sea como quiera, es un criminal, ¡un ladrón!... ¡Sí, un ladrón!...

LAURA.—Bueno, mamá, sí; lo que quieras, pero no te excites de ese modo.

PILAR.—¿A qué viene eso?

ANGELA.—Sí; tienes razón. No sé lo que me pasa hoy. No me encuentro bien.

EDUARDO.—*(Entrando por la puerta de la izquierda.)* Que aproveche.

ANGELA.—Hola, Eduardo.

EDUARDO.—¿Qué tal doña Angela? ¿Le han contado ya el suceso?...

LAURA.—Y no sabes la impresión que le ha causado.

NICANOR.—Ni siquiera ha comido. Y eso que está la mesa...

EDUARDO.—Ya veo, ya. ¿Lotería, Angela?

NICANOR.—Que ha vendido en muy buenas condiciones la célebre miniatura.

EDUARDO.—Que sea enhorabuena.

PILAR.—¿Y no sabes otra novedad? Que Teresita, el tío y yo nos vamos hoy a Panticosa.

EDUARDO.—¡Hola!

PILAR.—Mamá acaba de resolverlo.

QUIROGA.—Ya le anuncié yo que al fin tendría que decidirse, como fuera, a hacer el sacrificio. Por los hijos se hace todo.

ANGELA.—Dice usted bien, vecino; todo.

LAURA.—*(A Eduardo.)* ¿Pero no te sientas?

EDUARDO.—*(Buscando con la vista una silla.)* No, deja.

NICANOR.—*(Levantándose.)* Espera, hombre; toma. *(Le da su silla.)*

EDUARDO.—Deje usted; si hay aquí otra...

NICANOR.—No, no; que ésa está intercandente y sólo nosotros sabemos sentarnos en ella; tú te caerías. *(Eduardo se sienta en la silla que le dió Nicanor y éste quita el manto y el jersey de la silla que hay al lado de la mesa escritorio. Al hacerlo, cae al suelo el paquete que había en uno de los bolsillos del jersey.)* (¿Eh?... ¿Qué es esto?...) *(Desenvuelve el paquete.)* ¿La miniatura aquí?

ANGELA.—*(Acudiendo a su lado, cogiendo la miniatura y guardándosela en el pecho, precipitadamente.)* ¡Calla!

NICANOR.—¿Pero?...

ANGELA.—(¡No me pierdas!)

(Por la puerta de la izquierda entra en escena DOÑA MANOLITA, *una mujer de cincuenta años, en traje de casa, seguida de Calunge, hombre joven y bien vestido.)*

DOÑA MANOLITA.—*(Nerviosamente.)* Véalo usté: aquí están mi marido y mi hijo; yo no engaño a nadie. *(Asombro en todos.)*

QUIROGA.—*(Eduardo, levantándose.)* ¿Eh?...

CALUNGE.—Buenas tardes.

QUIROGA.—Buenas tardes.

CALUNGE.—*(Enseñando su placa de agente de Seguridad.)* ¿Quieren ustedes dos hacerme el favor de seguirme?

QUIROGA.—¿Eh?

EDUARDO.—¿Pero?...

DOÑA MANOLITA.—*(Interponiéndose.)* ¡¡No!!

CALUNGE.—Les agradecería que no me obligasen a emplear medios violentos...

QUIROGA.—No faltaría más. Vamos adonde usted guste.

EDUARDO.—Ahora mismo.

DOÑA MANOLITA.—¡¡Vicente!!

QUIROGA.—No temas: de nada puede nadie acusarme.

DOÑA MANOLITA.—¡Dios mío!

LAURA.—*(Acudiendo a ella.)* ¡Señora!...

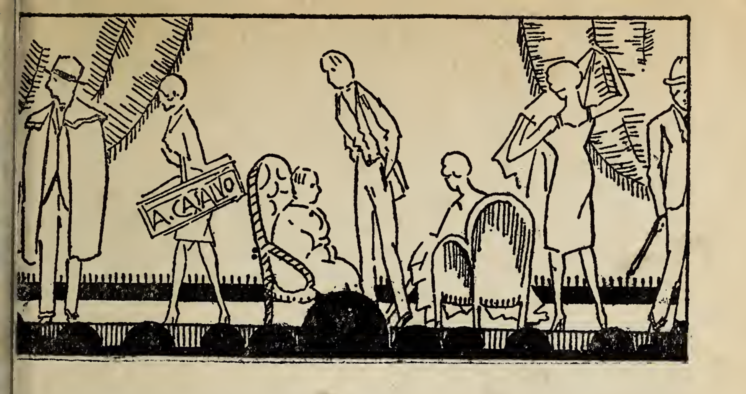
PILAR.—*(A Angela.)* ¡Mamá!

ANGELA.—¡Qué horror!

CALUNGE.—Ustedes perdonen. Buenas tardes. *(Mutis con Quiroga y Eduardo.)*

NICANOR.—(Lo que yo sospechaba. ¡Qué cosas dispone Dios!)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. La habitación no es ya el comedor de la casa, sino un pequeño taller de confecciones de ropa blanca, con su bonita anaquelería, su mesa de corte, sus máquinas de coser y cuantos útiles sean necesarios para el oficio. Es de día: en invierno.

(Al levantarse el telón están en escena ANGELA, DOÑA MANOLITA, LAURA, PILAR, TERESA, CARMEN, BENITA, LEONCIA *e* ISIDRA. *Teresa es la hija de Angela, que estaba enferma durante el transcurso del acto primero. Carmen y Benita son, una morena y otra rubia, hijas del pueblo de Madrid; guapas ellas y con cosas. Isidra, criada de la casa, es una chica de Burgos, en traje de mecánica, con cara de bobalicona, boca siempre abierta y ojos espantados. Benita, dobla y guarda algunas delicadísimas prendas de mujer. Isidra, engrasa una de las máquinas. Las demás cosen afanosamente. Están terminando un lindo y riquísimo equipo de novia.)*

BENITA.—*(Sin dejar de trabajar.)* Pues hija mía, llego, subo, llamo, me abre un botones que usaba gafas, lo cual me chocó; pregunto: "¿Madan Medain?" Y va y me dice el chico: "Meden." "Bueno, hijo; lo que quieras." "Digo que no es Medain, sino Meden." "Está bien, hombre. Pues di a Madan Meden, que está aquí Benita Pancorbo, la recomendada de Pepe Cuende, el de Valmaseda, que viene a ofrecerse de modelo, a ver si me acomoda." "Pues acomódese usted, que ahora saldrá." "Gracias, chico." Y me siento, y espero, y venga esperar y más

esperar, y al cabo de una hora, sale la Madan Meden, que mal tiro le den... *(Ríen.)* ¡Qué tipo, hija mía! Flaca, flaca, flaca, de esas que crujen al andar, y con un escote que era un "etacher" de huesos. En este hueco de aquí, de la clavícula que le dicen, llevaba el dedal, unas tijeras y seis reales en calderilla. *(Ríen.)*

ÁNGELA.—¡Lo que exagera esta Benita!

BENITA.—En serio.

CARMEN.—¿Y qué, tú?

BENITA.—Pues que le dije a lo que iba, me miró, me remiró, me hizo andar, me hizo ponerse así, y así, y así... *(Hace varias posturas exageradamente cómicas.)* Y va y me dice de pronto: "No me sirve usted. Es usted demasiado protuberante, muy caderosa, bastante amolletada y algo... zamborotuda..." *(Ríen.)* Oír yo lo de zamborotuda y arrearle un guantazo que la despeiné, todo fué uno.

PILAR.—¡Atiza!

BENITA.—¡La que se armó, hija mía! Gritó, salió el botones de las gafas, acudieron dos botones más y tres o cuatro oficialas, se enredaron todos conmigo, y al ver yo que no solamente me pegaban las oficiales, sino que empezaban también a pegarme los botones, salí de estampía y hasta ahora.

DOÑA MANOLITA.—Pues fué una tarde...

PILAR.—Ya lo creo.

ISIDRA.—Pues a mí me pasa eso y... ¡sí, sí!..., ¡ya, ya!..., ¡ja, jay!... ¡Al instante! ¿A mí?... ¡Digo! ¡Cualquier día! ¿Yo? ¡Anda! Estaría bueno. ¡Pues vaya!

ANGELA.—¿Pero qué dices, muchacha?

ISIDRA.—*(Azorada y continuando su faena.)* (¡Caray!)

BENITA.—Bueno, y a lo que yo iba a contar lo que he contao. Esa tía "hueso" gana lo que quiere, porque se hace llamar Madan Meden, y a las señoras les gusta muchísimo que les haga la ropa una francesa con la que se pueden entender, porque es de Zamora. Si usted, en vez de poner en la puerta Angela Dorado, se pone "Madan Angelaina", o se traduce el apellido y se pone "Madan Dublé", con lo bien que se trabaja en esta casa, antes de dos años se hincha usted y se redondea.

ANGELA.—¿Y para qué quiero más trabajo del que tengo, Benita? Gracias a Dios, desde que inauguré el taller, puedo decir que casi me ha sobrado. Aunque en pequeño, es hoy mi casa una de las más acreditadas de Madrid: por lo menos, tiene fama de que en ella se trabaja más primorosamente que en ninguna parte. Para qué más, ¿verdad?

CARMEN.—No hay duda de que es usted una persona de suerte, doña Angela.

ANGELA.—¿Cree usted?

BENITA.—Y todas lo creemos lo mismo, señora. ¡Ahí es nada! Le sana su hija en Panticosa, que hay que ver cómo se ha puesto la chica de buena...

DOÑA MANOLITA.—Y de guapa...

TERESA.—Muchas gracias se dice...

BENITA.—Le llueve el trabajo fino, delicao y bien pagao, porque se han hecho en seis meses once "trusoses" de marqueses y duqueses; su hermano de usted, don Nicanor, gana, con sus negocios y con sus inventos, un platal, y por si fuera poco, la hija mayor tiene su novio formal pa casarse y las otras dos tienen un pretendiente en cada farola.

ANGELA.—Quite usted farolas.

PILAR.—Esta Benita dice cada desatino...

BENITA.—Te advierto, niña, que no es envidia, porque yo entro aquí por las mañanas y de los que me siguen los pasos se pone esa plaza del Dos de Mayo como cuando la guerra de la "Pendencia", o como se diga, porque como gancho, tengo yo más ganchos que la carnicería de Lechuga. Ahora que tú, también te los traes.

PILAR.—Ilusiones.

BENITA.—¿Sí, eh? *(A Isidra, picarescamente.)* Oye tú...

ISIDRA.—¡Ya, ya!... No; si a quien rondan es a mí. ¡Sí, sí! ¡Jajay!

TERESA.—¿Quién sabe, mujer?

LAURA.—De menos nos hizo Dios.

ISIDRA.—¡Ya lo creo! ¡Lo que toca a mí!... ¡Al instante!... ¡Digo!... ¡Cualquier día!... ¡A mí!... ¡Ya, ya!... ¡Sí, sí!... ¡Jajay!...

ANGELA.—Pero Isidra.

ISIDRA.—¡Caray!

BENITA.—Y a propósito, doña Manolita: ¿qué hay de lo de su hijo? ¿Le admiten por fin, nuevamente, en el Banco?

DOÑA MANOLITA.—El espera que de un momento a otro. Como se ha demostrado hasta la evidencia que mi pobre marido no tuvo arte ni parte en el robo de que fué víctima... Si le vuelven a colocar, lo debemos a doña Angela.

ANGELA.—¡Bah!

DOÑA MANOLITA.—Don Bernardo, el médico de acá, es íntimo amigo del director del Banco, y de tal manera se lo ha rogado doña Angela, que ha interpuesto toda su influencia para conseguir la reposición. Nunca le pagaremos a doña Angela los favores que nos hace.

ANGELA.—¿Quiere usted callar?

DOÑA MANOLITA.—No, señora. Eso no es de personas agradecidas, y yo lo soy.

ANGELA.—Vamos, vamos.

DOÑA MANOLITA.—Yo quiero que sepa todo el mundo que si no hubiera sido por usted, nos hubiéramos muerto de hambre; que gracias a usted hemos pagado nuestras deudas, y que por este pobre trabajo mío, que nada vale, usted me da diariamente lo que necesitamos para vivir, sin que tengan que sentirse heridos en su dignidad ni mi marido ni mi hijo. *(Conmovida.)* Dios le pagará algún día, tanto el favor como la delicadeza con que lo hace.

ANGELA.—Mujer, el hacer lo que hago es un deber para mí. Al fin y al cabo, el día que Eduardo se case con Laura, hemos de formar todos una familia.

CARMEN.—¡Y que no tengo yo ganas de que llegue el día de la boda!

DOÑA MANOLITA.—¡Pues anda que él!

ISIDRA.—¡No, que ella!...

LAURA.—¡Chica!...

ISIDRA.—Si es que está usté de tristona y de preocupá, que ya, ya... Ahora, que yo... ¡Sí, sí!... Al instante yo... ¡Cualquier día!... ¡Digo!... ¡A mí!... ¡Sí, sí!... ¡Jajay!

ANGELA.—Pero Isidra...

ISIDRA.—¡Caray!

BENITA.—La carita que va a poner el día de la boda el pinturero, chulángano, sinvergüenzón de Fermín Rolán, que anda por ahí pavoneándose y comiéndose la calle porque ha tenido dos éxitos como peliculero. ¡Valiente angelito! Na, que se ha creído que es un Judex.

CARMEN.—¡Lástima que no se reformara ese muchacho! Porque como servir pa la pantalla, ya lo creo que sirve, y siempre es mejor eso que robar relojes, que es lo que antes hacía.

BENITA.—Robar relojes y vivir del castigo, que en eso el niño es un as. ¡Qué tío sinvergüenza!... *(A Laura.)* No sé cómo tú no le tiras una plancha cuando se pone ahí enfrente haciendo el centinela.

LAURA.—Yo, con no mirarle...

BENITA.—Pero es que el mejor día puede tener un tropiezo con tu novio, Laura; que yo sé que Eduardo está encelao de verdad. Y si no que lo diga su madre... ¿Lo ves? Callando te lo dice claro to. Claro, como él anda sin colocación y algo derrotao y el otro se presenta que es un figurín del Aguila...

ISIDRA.—Ya, ya... Hay que verlo. A mí siempre me quiere sonsacá para que yo le diga... Ahora, que yo... ¡Sí, sí!... A mí... ¡Quiá!... ¡Al instante!... ¡Digo!... A mí... ¡Jajay!...

BENITA.—Además, su hermano de usted, don Nicanor— y perdone usted que yo me meta en camisa de once varas—, no debía de recibirlo en esta casa, ni debía alternar con él, porque

hay gente que quita en vez de dar, y éste es de los que quitan por todos estilos.

ANGELA.—Ya ha encargado que siempre que venga preguntando por él digamos que no está.

ISIDRA.—¡Me alegro!

CARMEN.—Lo que se va a emberrenchinar. Porque esos niños bonitos, que están acostumbrados a salirse siempre con la suya, cuando se les tuerce el carro...

TERESA.—Y ahora que está en pleno éxito.

LAURA.—Parece mentira que pueda una gustarle a una persona que le repugna a una tantísimo.

ANGELA.—Hija mía, eso ocurre muchísimas veces.

ISIDRA.—Y tanto. *(Todas la miran entre burlona y asombrada.)* A mí, el chico de la tienda, ese feo comido de viruelas... ¡Bueno!... ¡Si yo quisiera!... ¡Anda! Ahora, que yo... ¡Cualquier día! *(Haciendo gestos de asco.)* Con lo... Y lo... ¡Vamos! ¡Voy yo a...! ¡Jajay!... *(Rompen todas a reír.)* ¡Caray!...

FERMÍN.—*(Entrando por la izquierda y deteniéndose junto a la puerta.)* Buenas. *(Quedan todas serias y disgustadas, disimulando su contrariedad. Laura ni le mira. Fermín viene, en efecto, muy requetebién vestido, aunque algo achuladamente.)*

ANGELA.—Buenas.

FERMÍN.—*(Comiéndose a Laura con los ojos.)* Don Nicanor, ¿está?

ANGELA.—No, señor.

FERMÍN.—¡Qué casualidad!

ANGELA.—Ya ve usted.

FERMÍN.—Ha salido, ¿verdad?

ANGELA.—Así parece.

FERMÍN.—Pues me choca.

ANGELA.—¡Qué le hemos de hacer!

FERMÍN.—Es que no le he visto salir y estoy ahí enfrente desde las tres.

ANGELA.—Saldría a las dos.

FERMÍN.—Puede.

ANGELA.—¡Claro!

FERMÍN.—En fin, seguiré esperándole. *(Con marcada intención.)* Yo, de esperar no me canso nunca.

BENITA.—*(Que no puede ya contenerse.)* Ahora, como es pollo pera, pues... espera. *(Al ver que Fermín le sonríe con gesto de desdén.)* Pero el que espera desespera.

FERMÍN.—*(Amenazador.)* El día que yo me desespere, puede que alguien lo sienta de verdad.

BENITA.—*(Con tres kilos de chunga.)* ¡Socorro!...

FERMÍN.—*(Encampanándose.)* ¿Eh?

ANGELA.—*(Seria.)* ¡Vamos!...

BENITA.—*(Hablando hacia el lateral derecha.)* Socorrito, trae más carbón. *(Isidra y Carmen sofocan la risa.)*

FERMÍN.—*(Con las tripas de azul pavo.)* Hay humo en la chimenea, ¿verdad, niña?

BENITA.—Y candela en la hornilla, niño.

FERMÍN.—Pues a ver si apago yo el fuego.

BENITA.—Puede, porque va usted a salir de aquí soplando.

FERMÍN.—¡Maldita sea!...

BENITA.—*(Suspirando guasonamente.)* ¡Ay, mi madre!...

FERMÍN.—*(Conteniéndose.)* ¡Si no mirara!... *(A Angela.)* Dígale usted a don Nicanor que tengo que verle esta tarde sin falta.

ANGELA.—Está muy bien.

FERMÍN.—Buenas tardes. *(Entre dientes.)* ¡Maldita sea mi vida!... *(Al volverse para hacer mutis tropieza con* EDUARDO, *que entra en escena.)* ¿Eh?

EDUARDO.—*(Con muchísimas ganas de meterle mano.)* ¿De ... usted?

FERMÍN.—¿Yo?... Nada.

EDUARDO.—*(Como antes.)* Creí.

FERMÍN.—Creyó usted mal.

EDUARDO.—Es que...

LAURA.—*(Levantándose y acudiendo.)* ¡Eduardo!...

FERMÍN.—*(A Laura, perdonando vidas.)* No tema usted que no pasa nada... ¡No pasa nada! *(Mutis.)*

EDUARDO.—*(Viéndole ir.)* ¡Ese hombre!...

DOÑA MANOLITA.—*(Que también se ha levantado y acudido a su lado.)* Vamos, hijo...

ANGELA.—No le hagas caso.

EDUARDO.—¿A qué había venido?

ANGELA.—A preguntar por Nicanor. No te preocupes, hombre.

BENITA.—¡Claro! Pues no faltaría más.

DOÑA MANOLITA.—¿Y tu padre?

EDUARDO.—En casa se ha quedado. ¡Está de un desaliento el pobre!... Como yo.

DOÑA MANOLITA.—¿Eh?

LAURA.—¿Habéis estado en el Banco?

EDUARDO.—De allí venimos.

DOÑA MANOLITA.—¿Y qué?

EDUARDO.—Malas noticias, madre. De lo suyo, le han dicho terminantemente que no. Ni reposición, ni retiro, ni nada. Nadie lo cree culpable de nada; nadie duda de nada; pero...

ANGELA.—¡Jesús!...

EDUARDO.—De lo mío, buenas palabras, y pare usted de contar. El director quiere complacer a don Bernardo, sea como sea; pero... ya verá, ya verá... Cuando pueda ser; cuando haya

alguna vacante... Mi puesto está ya ocupado por otro y no va a perjudicar a un compañero... ¡Bah! Hay que buscar otra cosa, madre.

ANGELA.—Se buscará si es necesario; pero no hay que desesperar, Eduardo. Lo último es perder la esperanza.

LAURA.—Claro, hombre. Dios abrirá puertas. Comprendo que tu padre, a sus años, se amilane un poco; pero... ¿tú? Vamos, no faltaría otra cosa. Con lo que hoy vale un hombre dispuesto a trabajar.

DOÑA MANOLITA.—Eso mismo le digo yo.

LAURA.—Pues estaría bueno. *(Siguen hablando los tres.)*

CARMEN.—*(Por su labor.)* Ea, pues esto se ha rematao.

BENITA.—*(Idem.)* Y esto.

PILAR.—¡Vaya un equipo de novia!

ANGELA.—Lo más bonito y lo mejor que ha salido de esta casa.

BENITA.—*(Suspirando por ella.)* ¡Quién fuera ella!

ISIDRA.—*(Idem.)* Ya, ya...

CARMEN.—Doña Angela, siempre que hemos terminado un "trusó" de los caros, lo hemos celebrao de alguna manera.

ANGELA.—Mujer, pues éste no ha de ser menos.

BENITA.—¡Olé!

ANGELA.—¿Qué queréis?

BENITA.—Libertad pa lo que queda de tarde y algo pa el cine.

ANGELA.—Hecho. Ahí va un duro.

BENITA.—¡Ya está! Muchísimas gracias. Ahueca, Carmelilla. Vamos, niñas.

CARMEN.—Vamos.

LEONCIA.—Lo que se va a alegrar mi novio.

ISIDRA.—¡Qué suerte! *(Carmen, Leoncia y Benita cogen sus mantones, o sus jerseys, o lo que quieran coger.)*

ANGELA.—*(Aparte a doña Manolita, dándole un billete de cinco duros.)* Tome usted.

DOÑA MANOLITA.—*(Resistiéndose.)* ¿Pero?...

ANGELA.—¡Vamos!

DOÑA MANOLITA.—Que Dios le...

ANGELA.—A callar. *(Se separa de ella.)* Bueno, Laurita y yo vamos a decir que esto está ya listo. Tú, Teresita, cuando sea la hora de tu clase, te vas; que Isidra te acompañe.

TERESA.—Sí, señora.

ANGELA.—*(A Isidra.)* Ya lo sabes.

ISIDRA.—Sí, señora.

ANGELA.—Ahora vete a la cocina a lo que tengas que hacer.

ISIDRA.—Sí, señora.

ANGELA.—*(A Pilar.)* Estate al cuidado por si necesita algo el tío Nicanor.

PILAR.—Sí, señora.

ANGELA.—Anda, tráeme el velito.

PILAR.—Sí, señora. *(Hace mutis por la derecha, último término, y vuelve en seguida con un velo que Angela se pone.)*

BENITA.—Hasta mañana, si Dios quiere.

CARMEN.—A ver si nos encontramos a tu novio como el otro día y nos lleva en su taxi.

BENITA.—Pero si he reñido con él, so tonta.

CARMEN.—¿Sí?

ANGELA.—¿Qué ha sido eso, Benita?

BENITA.—Nada, señora; mis cosas: por una broma que le di. Como es tan mal chófer, porque bache que ve, bache que coge, el otro día nos llevó al cerro de los Angeles y, cansada ya de pegar saltos, le grité de pronto: "Oye tú, para, que te dejas atrás, que te dejas atrás..." Y va y para, y me dice, asustao: "¿Qué me dejo atrás?" Y le dije yo: "Dos baches." Bueno, y acabamos.

LEONCIA.—¿Te dejó plantada?

BENITA.—En mitad del camino, a dos kilómetros de aquí, no te digo más. Ea, hasta mañanita.

ISIDRA.—Hasta mañana. *(Se van Benita, Leoncia y Carmen por la izquierda.)* Divertirvos... *(Atravesando la escena, izquierda a derecha, y haciendo mutis por la segunda puerta de este lateral.)* ¡Ay, si yo pudiera!... ¡Pero, una!... ¡Claro!... Yo... Ahora que a mí... ¡Vamos! Lo que toca yo... ¡Sí, sí!... ¡Ya, ya!... ¡Jajay! *(Vase.)*

ANGELA.—Hasta luego, niñas. Volveré en seguida.

DOÑA MANOLITA.—Hasta después.

EDUARDO.—Hasta ahora.

PILAR.—Adiós. *(Se van por la izquierda, Angela, doña Manolita, Laura y Eduardo.)* ¡Deje usted cerrao, madre!...

TERESA.—Mal se le arreglan a ésta las cosas.

PILAR.—Y que lo digas.

TERESA.—Escucha, tú, ¿pero qué hará ahí encerrado el tío Nicanor tantas horas seguidas?

PILAR.—Qué se yo. Si vieras lo que a mí me preocupa... *(Acercándose a la puerta de la derecha, primer término, y disponiéndose a mirar por el ojo de la cerradura.)* A ver si está como el otro día... ¡Sí!

TERESA.—¿Eh?

PILAR.—Ahora ha metido un duro dentro de la máquina.

TERESA.—¿A ver? *(Mira por la cerradura.)* Escucha. ¿Pero qué máquina es ésa?

PILAR.—Mujer, ¿no te acuerdas? Aquella que trajo una vez de Buenos Aires y que le servía para rebordear cartuchos.

TERESA.—*(Mirando.)* Es verdad. Pero si no parece la misma...
PILAR.—Es que le ha aplicado unas limas.
TERESA.—*(Sin dejar de mirar.)* Chica, qué cosa tan rara.
PILAR.—¿Qué?
TERESA.—Pues hija, que ha sacado una moneda y ha metido otra.
PILAR.—¿A ver?... *(Mira.)*
TERESA.—Y fíjate, que tiene al lado un montón de duros...
PILAR.—Sí.
TERESA.—¡Ay, Pilar!...
PILAR.—¿Qué?
TERESA.—¿Hará el tío Nicanor monedas falsas?
PILAR.—Quita mujer.
TERESA.—Es que...
PILAR.—Ya pensé yo eso mismo cuando le vi manipular el otro día; pero he visto luego que esos duros se los trae todas las tardes Guerrita, el de la carbonería.
TERESA.—*(Volviendo a mirar.)* Pues hija, no me explico... Ya está otra vez dándole vuelta... *(Pegando un grito.)* ¡¡Ah!!
PILAR.—¿Qué?
TERESA.—¡Que se ha cogido un dedo!
PILAR.—¿A ver?... *(Mira.)* ¡Jesús! ¡Se ha puesto lívido!
TERESA.—¿Qué dices? *(Quita a Pilar y observa ella.)* ¡Ay!... ¡Es verdad, Dios mío!... *(Pegando golpes en la puerta.)* ¡Tío!...
PILAR.—*(Idem.)* ¡Tío Nicanor!
TERESA.—*(Sin dejar de golpear.)* ¡Abre!...
PILAR.—¡No te asustes!...
TERESA.—¡Ponte alcohol!...
NICANOR.—*(Descorriendo un cerrojo, abriendo la puerta, saliendo descompuestísimo, cerrando la puerta tras de sí y quedando ante ella como defendiéndola.)* ¿Eh? ¿Qué es esto?... ¿Qué sucede? *(Trae el dedo lastimado envuelto en el pañuelo. Se toca con una gorra bastante vieja. Está mucho mejor vestido que en el acto anterior.)*
PILAR.—*(Que ha corrido al estante y trae una botella en la mano.)* Ponte alcohol...
NICANOR.—¿Dónde?
TERESA.—En el dedo.
NICANOR.—¿En qué dedo?
PILAR.—En el que te has cogido con la máquina.
NICANOR.—¡Órdago! ¿Pero ustedes han visto?... ¿Cómo saben ustedes?...
PILAR.—*(Un poco cortada.)* Es que... por curiosidad...
TERESA.—*(Idem.)* Queríamos ver si estabas...
NICANOR.—*(Quitándose la gorra y tirándola al suelo con rabia.)* ¡Ya estoy descubierto!

PILAR.—¿Eh?

NICANOR.—¡Maldita sea!... Lo que yo no quería: estar descubierto.

TERESA.—Pues ponte la gorra.

NICANOR.—Mira niña, mofas, no; porque te doy un revés que te descuajaringo.

TERESA.—¡Pero tío!...

NICANOR.—*(A Pilar.)* Dame el alcohol. *(Coge la botella, mete el dedo lastimado a guisa de tapón y pone la botella boca abajo.)* Y no vayan ustedes a creer que hago ahí dentro nada malo, ¿eh? Temo haber sido descubierto, porque esto que hago yo pueden hacerlo otros, y el día que lo hagan los demás, adiós negocio.

PILAR.—Bueno; pero... ¿tú que le haces a las monedas, me quieres decir?

NICANOR.—Limarlas, mujer, limarlas. ¿No lo has comprendido? En menos de un minuto, y gracias a una modificación que he introducido en la máquina de rebordear cartuchos, le quito a cada moneda de plata el cinco por ciento de su peso.

PILAR.—*(A Teresa.)* ¿Ves? ¿No te dije yo que era la máquina de Buenos Aires?

NICANOR.—La máquina de Buenos Aires, que ahora es de Lima.

TERESA.—Y tú, claro, le quitas a los duros...

NICANOR.—El cinco por ciento nada más; ni se nota. Parece que están desgastados por el roce. Ahora, que yo reúno, un día con otro, un kilo de limaduras, que me suponen bastantes pesetas. Es decir, nos suponen; porque yo no soy más que el socio industrial: el socio capitalista es Guerrita, el de la carbonería.

PILAR.—Ya me lo figuraba yo.

NICANOR.—Este es un negocio que sin dinero no puede hacerse, porque precisamente la primera materia es el dinero.

TERESA.—Tío. ¿Y no será eso un delito?

NICANOR.—Mujer, qué disparate. Yo no hago más que sustituir a la acción del tiempo. ¿Con el tiempo no se desgastan las monedas? Bueno, pues yo me adelanto, y para ellas, el tiempo soy yo.

PILAR.—Pues el tiempo es bastante fresco, tío.

NICANOR.—¡Niña!...

PILAR.—Asómate, está nevando.

NICANOR.—A propósito, Pilarcita; asómate tú y dime si está en la esquina Calunge.

PILAR.—¿Quién?

NICANOR.—Calunge, aquel policía que se llevó detenidos a don Vicente y a Eduardo aquella tarde...

PILAR.—*(Un poco sonrojada.)* ¿Eh? ¿Has notado?...

NICANOR.—Naturalmente.

PILAR.—¿Y yo qué tengo que ver con él?

NICANOR.—Tú, nada; pero yo, muchísimo. *(Teresa y Pilar se miran extrañadas.)* Se conoce que alguno de los dependientes de la platería donde yo vendo las limaduras, le ha dicho algo, y como es más vivo que el aire...

TERESA.—*(A Pilar, que se ha acercado al balcón.)* Y tú que creías que venía por ti.

PILAR.—Mujer, cualquiera lo hubiera creído. ¡Qué lástima!

TERESA.—*(Mirando con Pilar por los cristales.)* No; no está.

PILAR.—Tío, ¿no te buscará por otra cosa? Porque como te trajiste de Panticosa dos sábanas, tres fundas, cinco toallas, veintiuna cucharillas y la Biblia...

NICANOR.—La Biblia a que aludes me la regaló míster Hoker, nuestro vecino de cuarto.

PILAR.—Sí, sí... *(Suenan tres timbrazos.)*

NICANOR.—Guerrita: es su modo de llamar. Abre, Teresita.

TERESA.—Voy. *(Mutis por la izquierda.)*

NICANOR.—Pilarcita, hija mía, sonríele amable, aunque luego no le hagas caso. El pobre está por ti que se desencuaderna y...

PILAR.—Yo no engaño a nadie, tío.

NICANOR.—No se trata de engañar. ¿Quién habla de eso? Yo digo, vamos, echar un leñito al fuego sagrado para ir tirando. Porque él acepta mis negocios con la esperanza de... *(Se calla al ver entrar a Guerrita seguido de Teresa. Guerrita viene muy limpio; tiene el pelo gris y se abriga con una buena pelliza.)*

GUERRITA.—Buenas tardes. *(Al ver a Nicanor con la botella.)* ¿Qué es eso, don Nicanor? ¿Otra vez la máquina?... *(Se contiene.)*

NICANOR.—Puede usted acabar su pensamiento, querido Guerrita; mis sobrinas están al cabo de la calle.

GUERRITA.—¿Cómo? ¿Saben ya que es usted el... limeño?

NICANOR.—Sí, señor.

GUERRITA.—¿Y qué ha sido?...

NICANOR.—Nada. Dos pinchazos: uno, en el hueso, y otro, en la yema. Toma el alcohol, Pilarcita, y ponme una venda cualquiera...

PILAR.—Sí, señor. *(Guerrita suspira.)* Teresa, que son más de las cuatro y vas a perder la clase. Dile a Isidra que se vista.

TERESA.—Es verdad. *(Mutis por la segunda puerta de la derecha.)*

(Pilar busca un trapo a propósito en una de las cajas de costura.)

GUERRITA.—*(Aparte a Nicanor, por Pilar.)* ¡Qué negro estoy don Nicanor!

NICANOR.—¡Quiá, hombre; eso era antes!

GUERRITA.—Si aludo a...

NICANOR.—¡Ah!

PILAR.—*(Acercándose a Nicanor.)* Venga ese dedo.

NICANOR.—A ver una vendita con gracia. *(Pilar le venda el dedo.)*

GUERRITA.—¡Ay qué manos, don Nicanor!

NICANOR.—Hombre, del trabajo se ensucian un poco.

GUERRITA.—No lo digo por las de usted.

NICANOR.—¡Ah, vamos!... *(Guerrita vuelve a suspirar.)* Bueno, amigo Guerrita, ¿trae usted esta tarde?...

GUERRITA.—Cincuenta duros. ¿Usted ha despachado esos otros?...

NICANOR.—Me faltan unas pesetas.

GUERRITA.—En los de ayer se ha corrido usté demasiado, don Nicanor. Hay allí dos sevillanos que tienen filo.

NICANOR.—Es que yo a los sevillanos les tengo manía.

GUERRITA.—¿Y a los Amadeos, también? Porque fíjese cómo ha dejao a éste. *(Le enseña un duro que es una lámina finísima.)* Quedamos en que le quitaría usted un pelito, pero le ha quitado usted la barba.

PILAR.—¡Qué atrocidad!

GUERRITA.—Bueno está que la máquina lime, don Nicanor; pero que afeite...

NICANOR.—No me volverá a suceder.

PILAR.—*(Terminando de afianzar la venda con un hilo.)* Listo.

GUERRITA.—¿Y qué pasa aquí hoy que no se trabaja?

PILAR.—Que hay asueto. Hemos terminado un trabajo y...

NICANOR.—Oiga usted, Guerrita. ¿Y ese Calunge?...

GUERRITA.—No me hable usté, que tengo las carnes abiertas. Toda la mañana en la esquina. Hasta hace un rato no se ha marchado.

NICANOR.—Maldita sea su corazón.

TERESA.—*(Entrando en escena en disposición de salir a la calle.)* Ea, hasta luego. *(Llamando hacia el lateral.)* ¡Isidra!...

ISIDRA.—*(Entrando en escena.)* Vamos. *(Isidra, con el traje de calle, está graciosísima. Todo le está grande: hasta las botas, cuyo tacón se dobla al andar.)*

PILAR.—Cuidadito, ¿eh?

TERESA.—Lo dirás por Isidra, porque lo que es por mí...

ISIDRA.—¡Por mí! ¡Sí, sí! Lo que toca yo... ¡Ya, ya! Cualquier día... ¡Digo! Y como están los hombres... Al instante... ¡Jajay!... *(Se van las dos por la izquierda.)*

PILAR.—Es mucha Isidra. *(Se las oye hablar dentro con Fermín.)*

NICANOR.—¿Eh?... *(Escuchan.)* ¡Fermín!

PILAR.—Ha estado aquí antes buscándote y, claro, le dijimos...

NICANOR.—¡Pues va a oírme esta tarde! Dile que pase. Amigo Guerrita, aguárdeme usté ahí dentro y vaya limando...

GUERRITA.—Sí, señor; a eso he venido. *(Mira a Pilar, suspira y hace mutis por la primera puerta de la derecha.)*

PILAR.—*(Desde la puerta de la izquierda, hablando hacia el lateral.)* Que pase usted; que ya ha venido... *(Haciendo mutis por la derecha, segunda puerta.)* Y a ver si es verdad que lo vas a echar de aquí para siempre. *(Se va y cierra la puerta.)*

NICANOR.—*(A Fermín, que entra y se detiene bajo el dintel.)* ¡Maldita sea un tiro!... ¿A qué vienes tú aquí? ¿No te he dicho mil veces que en esta casa no se te hà perdido nada?

FERMÍN.—¡Don Nicanor!

NICANOR.—No me acciones peliculeando, porque te tiro una plancha y te imposibilito para el pantallismo.

FERMÍN.—¡Hombre, don Nicanor!... *(Avanza, accionando muy exageradamente.)*

NICANOR.—Pero es que tú te figuras, que porque una vez... ¡Así me hubiera muerto!...

FERMÍN.—Oígame con calma, don Nicanor, que soy moro de paz y traigo la rama de oliva en el pico, como la columba del arca.

NICANOR.—Pero, ven acá, so cursi. ¿Te has creído tú que porque vas por ahí que eres la Zuffoli en traje de baño, voy yo a ayudarte para que mi sobrina, que es una persona decente, riña con su novio, que es otra persona decente, y te haga caso a ti?... ¿A ti, que fuiste precisamente el que...?

FERMÍN.—*(Atajándole.)* Don Nicanor: al pasado, tierra y unas flores. De aquel Fermín Rolán, que vivía como Dios le daba a entender, que comía las lentejas contadas, que vestía de desechos y que tenía por toda ropa interior el pasodoble de "La Bejarana", no queda ya ni el recuerdo. Yo soy ya un hombre de bien, con un medio de vida conocido; con una personalidad definida y con un porvenir, que..., ¡bueno!, estoy que me rifan tos los días y no me da la gana de caer.

NICANOR.—Fin de la primera parte.

FERMÍN.—¡Don Nicanor!

NICANOR.—Bueno; pero...

FERMÍN.—*(Atajándole nuevamente.)* Además, que no vengo a que usted me ayude de la manera que usted se imagina. Ya sé yo que a la trágala no se consigue na de las mujeres. Pero, llegao el caso, usted puede arrimar el ascua a su sardina, sin perjuicio para tercero. Y digo esto, porque me consta que Eduardo se va a América.

NICANOR.—¡Ordago!

Fermín.—No quiere que su gente lo sepa, por no disgusta los; pero está decidido. Como en el Banco no han de repon nunca jamás ni a él ni a su padre...

Nicanor.—Hombre, quién sabe. Demasiado sabes tú que ell no tuvieron arte ni parte en...

Fermín.—Sí, señor. Pero como esos del Banco son unos v vales, y tienen sus "correveidile", y saben que Quiroga su hijo viven sin trabajar y que han pagao unos piquillos q debían de otros tiempos, y que ustedes, uña y carne de ello que carecían de to, han montao este taller y han progresao.

Nicanor.—Es que mi hermana vendió una miniatura...

Fermín.—¿Pero es que va usted a convencerme a mí?... sabré yo...

Nicanor.—Claro.

Fermín.—Por eso, yo quiero, que cuando el otro ahueque. Como el irse es fácil y el volver es difícil... Que usted hag ver a Laurita que yo soy lo que soy, que no soy lo que er Porque es que su sobrina de usted, don Nicanor... ¡Ah!

Nicanor.—*(Imitándole.)* Mira, galán. Yo no digo que tú er una persona decente, aunque me nombren director de la Ca de la Moneda, que me serviría muchísimo.

Fermín.—¡Don Nicanor!

Nicanor.—*(Desafiándole.)* ¿Qué pasa?

Fermín.—Lo que a usted le sucede es que cree todavía q aquellas cuarenta mil pesetas de marras nos las repartimos e tre el Negrales y yo...

Nicanor.—¡Qué voy yo a creer!...

Fermín.—Sí, señor. Y yo le juro a usted, por lo más sagr que haiga en el mundo, que he de convencerle de que es equivocao.

Nicanor.—Pero hombre, si yo...

Fermín.—Si el Negrales hubiera partido conmigo aquell piastras tendría ahora posibles, y no estaría el infeliz com está, que el día que yo no le socorro no come. El mismo ha decirle a usted...

Nicanor.—*(Escuchando hacia la izquierda.)* ¡Calla!

Fermín.—¿Eh?

Nicanor.—Mi hermana. Vete.

Fermín.—Sí, señor; pero yo le juro a usted que...

Nicanor.—¡Silencio!

Angela.—*(Entrando por la izquierda.)* ¡Hola! *(Secamente Fermín.)* Buenas tardes.

Fermín.—Buenas.

Nicanor.—*(A Angela, por Fermín.)* Ya se iba... *(Indicándo la puerta.)* Anda.

Fermín.—Está bien; pero le juro a usted...

NICANOR.—¡Vamos!...

FERMÍN.—¡Don Nicanor! ¡Ah! *(Haciendo mutis peliculescamente.)* ¡Judex, Fantomas!... Amparadme.

NICANOR.—*(Con pitorreo.)* Ha terminado. *(Vase Fermín.)*

ANGELA.—*(Quitándose el velo y doblándolo.)* ¡Siempre ese hombre!...

NICANOR.—*(Entrando en escena.)* He hecho bien en hablar con ese sinvergüenza, querida Angela, porque gracias a él he sabido cosas de grandísima importancia.

ANGELA.—Di.

NICANOR.—*(Después de cerciorarse de que nadie le escucha.)* Eduardo está dispuesto a marcharse a América.

ANGELA.—¡No!

NICANOR.—Lo oculta, pero parece que es cosa decidida. Se habrá puesto de acuerdo con alguna Agencia de emigración...

ANGELA.—No se irá; ya he completado el dinero y no demoraré ni un instante más su devolución.

NICANOR.—Dices bien. Es una lástima, pero no hay más remedio. ¿Y cómo has reunido la cantidad? Porque entre lo que prestaste a Quiroga y la compra de estos chirimbolos...

ANGELA.—Yo sabía que a pesar de esos gastos, poniéndome en condiciones de trabajar, reuniría muy pronto las cuarenta mil pesetas. ¡Y ya las tengo! Acabo de completarlas. Creo que no he tenido en mi vida satisfacción semejante. ¡Qué seis meses he pasado, Nicanor! Seis siglos me han parecido. El tiempo va muy bien despacio cuando se sufre lo que he sufrido yo.

NICANOR.—Ya no hay que pensar en lo pasado, sino en cantar victoria.

ANGELA.—A ti te la debo.

NICANOR.—¿A mí?

ANGELA.—Tú me has fortalecido y me has alentado. Si yo no te hubiera tenido por confidente y por sostén durante este tiempo, creo que hubiera sucumbido en la lucha o me habría matado el remordimiento.

NICANOR.—Vamos, vamos... No exageres tu falta. Es verdad que para salvar a tu familia que padecía, para devolver la salud a una hija enferma, para especular un poco y ponerte en condiciones de no volver jamás a la miseria de antes, dispusiste de un dinero que no te pertenecía y que sabías quién era su legítimo dueño; pero en eso te has parecido a muchos Bancos... Has hecho lo que ellos hacen... En cambio te has diferenciado de ellos en que siempre tuviste el propósito de devolver lo que no era tuyo. No te preocupes, Angela; Dios, que ha visto tu intención hasta el fondo, te ha perdonado ya.

ANGELA.—Pero, ¿y ellos?

NICANOR.—Ellos, como espero que sean repuestos en sus car-

gos, una vez que tú devuelvas el dinero, y como de nada ha escaseado entretanto...

ANGELA.—No me convences, porque...

NICANOR.—*(Atajándola.)* Mira, déjate de discusiones y de tonterías y ocupémosnos de la manera de hacer llegar al Banco Español esa cantidad. ¿Has pensado algo? Porque, chica, yo lo veo dificilísimo. Por más que le doy vueltas no encuentro el modo de devolverles el dinero sin dejar algún rastro que comprometa... ¿Lo vas a devolver sin una carta que explique...?

ANGELA.—Nada de cartas. La explicación ha de hacerla una persona.

NICANOR.—¿Eh? ¿Pero...?

ANGELA.—Y la hará una persona de quien nadie pueda dudar; una persona que dirá lo que deba decir y a quien todos deberán acatar y creer. Ya lo tengo pensado, y voy ahora mismo en su busca; no quiero demorarlo ni un instante más. Tal vez evite con ello la desgracia de esa familia. Desde luego lograré para mí lo que tanta falta me hace: la tranquilidad de mi conciencia.

NICANOR.—¡Qué buena eres, Angela!

ANGELA.—No me digas eso; no lo soy. ¡No lo soy! *(Vase por la izquierda.)*

NICANOR.—Claro, cada uno tiene su criterio... Yo, por mí, por mí, al instante iba a devolver... ¡Y a un Banco! Me iban a esperar en el Banco..., sentados. Bien es verdad que yo tengo una manga de un ancho, que la enchufo en el Mediterráneo y lo seco.

GUERRITA.—*(Saliendo por la derecha, primera puerta, con un dedo hecho cisco.)* ¡Malhaya sea mi sombra!...

NICANOR.—¿Qué es eso?

GUERRITA.—Que el día que la maquinita se pone tonta, revienta las yemas. A ver, una venda, hombre. ¿Dónde está Pilarceta?

NICANOR.—*(Dándole la botella del alcohol.)* Se ha mudao. Tome usted, meta usted el dedo.

GUERRITA.—*(Haciéndolo.)* ¡Lo que escuece!

NICANOR.—¿Qué, ha recogido usted el dinero limado?

GUERRITA.—Sí, señor; voy de cargao que no puedo andar.

NICANOR.—¿Y las limaduras?

GUERRITA.—Ahí están, sobre la mesa. Más de un kilo hay.

NICANOR.—Pues a la platería ahora mismo. *(Hace mutis por la derecha y vuelve a salir con un pequeño saquito.)*

GUERRITA.—*(Acercándose a la segunda puerta de la derecha y escuchando.)* No se la oye... ¡Qué primo he sido! *(Dejando la botella.)* ¡Haberme pinchao pa na! ¡Lo enamorao que me tiene, maldita sea mi vida!... *(A Nicanor, que sale.)* ¡Ay, don

Nicanor! Y que tenga yo estas patas de gallo y el pelo blanquecino...

Nicanor.—Lo del pelo, ya le he dicho que voy a arreglárselo; ahora, lo de las patas es más difícil. Las patas no veo la manera de quitárselas a usted.

Guerrita.—¡Qué desesperao estoy, maldita sea mi existencia!

Nicanor.—Ea, no hay que ponerse así. Vamos a la platería. Veré primero si está en la esquina ese pelmazo.

Guerrita.—Hombre, sí; véalo usted, porque eso me tiene también sin sueño.

Nicanor.—*(Desde el balcón.)* No está.

Guerrita.—Menos mal.

Nicanor.—Querido Guerrita, el mundo es nuestro. Estoy muy contento. Me invade el optimismo. Con los negocios que tenemos en planta nos vamos a hinchar. *¡Allons!...*

Guerrita.—Vamos.

Teresa.—*(Entrando por la izquierda precipitadamente y sofocadísima.)* ¡Ay, tío!

Nicanor.—¿Eh?

Guerrita.—¿Qué?

Teresa.—¡El policía!

Nicanor.—¡Órdago!

Teresa.—Ha subido la escalera detrás de mí.

Guerrita.—¡Maldita sea!...

Isidra.—*(Entrando azorada, atravesando la escena y haciendo mutis por la derecha, segunda puerta.)* No; lo que es a mí, ¡quiá! ¿Yo?... ¡Al instante! ¡Digo!... ¡A mí!... Sí, sí... ¡Jajay!... *(Mutis.)*

Guerrita.—*(Asustado.)* ¡Don Nicanor!...

Nicanor.—Calma, calma; el que haya subido la escalera, no quiere decir... *(Suena el timbre de la puerta.)* ¡Por vida!... *(Todos se aterran.)*

Guerrita.—A mí no me meta usted en el lío, don Nicanor.

Nicanor.—¿Eh?... ¡Ay, qué gracioso!...

Guerrita.—Yo tengo bienes y soy responsable...

Nicanor.—¿Y voy a cargar yo sólo?... ¡Quia!... *(Vuelve a sonar el timbre.)*

Teresa.—¡Jesús!... ¿Qué hago, tío?

Nicanor.—Abre; el escándalo debe ser lo último. *(Vase Teresa por la izquierda.)*

Guerrita.—¡Que se pierda un hombre de bien por un sinvergüenza!

Nicanor.—Oiga, amigo, que usted cobra el cincuenta por ciento.

Guerrita.—¡Maldita sea!...

TERESA.—*(Seguida de Calunge.)* Pase usted.
CALUNGE.—*(Entrando, un poco cortado.)* Buenas tardes.
NICANOR y GUERRITA.—Buenas tardes. *(Teresa hace mutis por la segunda puerta de la derecha.)*
CALUNGE.—Sé que doña Angela ha salido, y suponiendo que estaría usted en condiciones de recibirme, me he permitido subir...
NICANOR.—Sí, sí, señor; siéntese.
CALUNGE.—Gracias.
NICANOR.—Aquí estaba, con mi socio...
GUERRITA.—Hombre, eso de socio...
NICANOR.—O cómplice; da lo mismo; porque en los negocios, el que proporciona el dinero, ¿verdad?...
CALUNGE.—*(Sonriendo.)* Claro...
GUERRITA.—*(Aparte.)* ¡Me ha reventao!
NICANOR.—¿Un pitillo?
GUERRITA.—¡Quite usted, hombre!... *(Le da un cigarro puro.)*
NICANOR.—*(Aparte.)* A mí no me achicas tú. *(Dando a Calunge un habano muy grande.)* Ahí va.
CALUNGE.—Bueno, usted sabe quién soy yo, ¿verdad?
NICANOR.—Sí, señor, y mi socio también lo sabe.
GUERRITA.—*(Aparte.)* ¡Y dale!
CALUNGE.—La única vez que he entrado en esta casa fué con un motivo harto desagradable...
NICANOR.—Sí...
CALUNGE.—Por fortuna, todo se aclaró convenientemente.
NICANOR.—Sí, sí...
CALUNGE.—Me figuro que supondrá usted a lo que vengo ahora...
GUERRITA.—*(Aparte.)* ¡Atiza!
NICANOR.—*(Miedosísimo.)* Hombre..., mire usted; la verdad, yo... no me explico...
CALUNGE.—No, si yo a quien debía buscar aquí es a su hermana de usted, a la dueña de la casa; pero me ha parecido que entre hombres se habla mejor y con más franqueza...
NICANOR.—Tiene usted razón. Ha hecho usted bien en venir en su ausencia. En medio de todo, demuestra usted una gran nobleza de corazón.
CALUNGE.—Gracias. Lo que yo quiero es que sepan ustedes oficialmente mis pretensiones. *(Guerrita y Nicanor se miran.)* Yo soy un hombre especial, y me gusta arreglar estas cuestiones formalmente.
NICANOR.—De manera que... ¿Eh?
CALUNGE.—¿Qué?
NICANOR.—Nada, hombre; que si usted cree que esto puede arreglarse...

CALUNGE.—*(Sonriendo.)* Yo creo que sí.

GUERRITA.—*(Sonando los duros.)* Claro, hombre.

NICANOR.—¡Este favor que usted nos brinda!...

CALUNGE.—Hombre, favor...

NICANOR.—Sí, sí. En estas circunstancias, encontrar un hom-re como usted... *(Conmovido.)* Crea usted que me conmuevo, migo Calunge.

CALUNGE.—Es que la muchacha vale un mundo, señor Cal-eda. *(Nicanor y Guerrita se miran.)* A mí hace mucho tiem-o que me gusta, y ella me ha mirado siempre con simpatías como deseando corresponderme; de manera que casi puede lecirse que doy este paso alentado por ella.

NICANOR.—*(Asombrado.)* ¡Ah! ¿Pero...?

GUERRITA.—*(Asombrado y aparte.)* ¡Mi madre!

NICANOR.—¿Y ha hablado usted con ella?

CALUNGE.—No, no; con ella no he hablado aún. Ya le he di-ho que soy un hombre especial; pero si usted expone a doña Ángela mi deseo y ella no tiene inconveniente, hablaré for-nalmente con la muchacha y tardaremos en casarnos lo que ella quiera que tardemos.

GUERRITA.—Pero ¿usted viene porque pretende a una de las chicas?

NICANOR.—¿Todavía no ha caído usted, amigo Guerrita? ¡Pues de qué estamos hablando hace media hora? ¿No ha oído usted que es Calunge? ¡Calunge, hombre, Calunge!... Apenas hemos hablado de lo interesadísima que está ella por usted...

CALUNGE.—¿Es de veras?

GUERRITA.—¡Qué interesadísima: coladísima!...

NICANOR.—Verdad; esa es la palabra: coladísima.

CALUNGE.—Por Dios, yo creo que ustedes exageran...

GUERRITA.—¡Qué hemos de exagerar!... No había más que verla. *(A Calunge.)* Porque es Teresita, ¿no?

CALUNGE.—Pilar.

GUERRITA.—¿Pilar?... *(Como estaba sentado en el borde de la silla, se cae al suelo.)*

NICANOR.—No le haga usted caso; el pobre es un poco tar-do, pero ya ha caído.

CALUNGE.—Ya lo veo.

NICANOR.—Guerrita, lleve eso a la platería, que yo tengo que hablar ahí, en mi despacho, con el amigo Calunge.

GUERRITA.—¿Pero...?

NICANOR.—Vamos, vamos... *(Le empuja hacia la puerta.)*

GUERRITA.—*(Muy apurado, en voz baja.)* ¡Que no ha guarda-do usted la máquina!

NICANOR.—¡Bah!... Dentro de media hora le limo los duros que traiga.

GUERRITA.—¿Pero es que usted va a protegerlo, pa que ella...?

NICANOR.—Váyase, váyase... *(Se acerca a Calunge y le coge el sombrero y un bastón que trae con puño de plata.)* Pase a mi despacho, amigo Calunge.

CALUNGE.—Gracias.

NICANOR.—Aquí hablaremos con más libertad; entre usted.

CALUNGE.—Muchas gracias. *(Vase por la derecha, primera puerta.)*

NICANOR.—*(Haciendo mutis tras él.)* Este hombre es para mí una finca. ¡Le voy a limar el puño y la contera! *(Vase.)*

GUERRITA.—¡Maldita sea!... ¡Eso sí que no!... Porque a mí se m'ha metío en el... Y eso no pue ser. Ahora mismo me tiño el pelo, y luego busco a Onofrel, y a mí me ponen seis glándulas nuevas. ¡Y que van a ser de pavo real!

TERESA.—*(Entrando por la segunda puerta de la derecha con* PILAR *e* ISIDRA, *y dando la sensación de que lo han oído todo.)* ¡Era por ti! ¡Por ti!...

PILAR.—Claro, si ya decía yo...

TERESA.—¡Qué suerte!

ISIDRA.—¡Ya, ya!

TERESA.—Porque a ti te gusta. ¿verdad?

PILAR.—*(Nerviosa, emocionadilla.)* ¡Ay, yo creo que me gusta muchísimo!

TERESA.—Y que ese es de los que vienen con los papeles debajo del brazo. Dentro de nada...

PILAR.—Eso sí que no. Menos de un año de relaciones...

ISIDRA.—Sí, porque luego, a lo mejor... Lo que toca, yo... ¡Sí, sí!... ¿A mí? ¡Jajay!...

(Rumor de voces dentro.)

TERESA.—¿Es mamá?

PILAR.—No, son ésos, que vuelven de dar el paseo.

TERESA.—¡Cuando sepan!...

(Por la izquierda entran en escena LAURA, DOÑA MANOLITA, EDUARDO *y* QUIROGA. *Vienen tristes, tristísimos.)*

DOÑA MANOLITA.—Hola...

QUIROGA.—Buenas tardes.

PILAR.—¿Tan pronto de vuelta?

DOÑA MANOLITA.—Sí...

PILAR.—Pues mamá no ha vuelto aún. El que está es el tío Nicanor. *(Ruborosa.)* Está con un amigo que...

TERESA.—Sí, con un amigo que... *(Guiña y tose picarescamente.)*

QUIROGA.—¿Hay moros en la costa?

TERESA.—Sí, señor; pero va a haber desembarco.

QUIROGA.—¿Eh?

TERESA.—Yo me entiendo.

(Laura, que se ha sentado en un extremo de la escena, rompe a llorar. Todos acuden a ella.)

EDUARDO.—¡Laura!...

PILAR.—¡Chiquilla!

TERESA.—¡Hermana!

EDUARDO.—No llores, Laura. De América también se vuelve.

TERESA.—¿Pero...?

PILAR.—¿Eh?

DOÑA MANOLITA.—*(Secándose los ojos.)* Sí, hija, sí.

PILAR.—¡Jesús!...

FERMÍN.—*(Por la izquierda, con el* NEGRALES, *un golfo desarrapado.)* Buenas. *(Disgusto y sorpresa en todos.)*

EDUARDO.—¿Eh?

FERMÍN.—Hagan el favor de decir a don Nicanor que estoy aquí con éste.

TERESA.—*(Dudando.)* ¿Pero...?

FERMÍN.—Dígaselo, porque... me está esperando. ¡Palabra!

TERESA.—En ese caso... *(Se dispone a avisar.)*

PILAR.—*(Deteniéndola.)* Deja, yo le avisaré...

TERESA.—*(Comprendiendo.)* Sí, mujer, como quieras.

PILAR.—*(Se estira la ropa, se da unos blandos toquecitos en el pelo, entreabre la primera puerta de la derecha y pregunta coquetonamente.)* ¿Se puede?

NICANOR.—*(Dentro.)* Claro, mujer; ven acá... *(Pilar hace mutis un poquito azorada, pero cimbreando la figura.)*

FERMÍN.—*(Aparte a Negrales, con quien continúa junto a la puerta de la izquierda.)* Tú le vas a jurar por la gloria de los tuyos, Negrales...

NEGRALES.—Por la gloria de los míos y con las manos puestas en los Evangelios, si t'apetece; porque yo otra cosa no seré, pero creyente, lo soy.

FERMÍN.—Si le convences y si me ayudas chipén, te regalo la capa que llevo puesta.

NEGRALES.—Antes de una hora está en el Monte.

FERMÍN.—Te compro la papeleta.

NEGRALES.—Hecho.

NICANOR.—*(En la puerta de la derecha.)* ¿Que yo les estoy esperando?... ¡Malhaya sea!... Este asunto me lo va a arreglar también mi futuro sobrino político. *(Llamándolos.)* Hagan el favor de pasar...

FERMÍN.—Sí, señor. *(Pavoneándose y mirando a Eduardo despectivamente, avanza hacia la derecha, seguido del Negrales.)*

EDUARDO.—*(Que no puede contenerse por más tiempo.)* Parece que me mira usted como desafiándome.

FERMÍN.—*(Provocativo.)* ¿Y qué?

EDUARDO.—Que a mí, el que me busca, me encuentra.

FERMÍN.—¡So tonto!

EDUARDO.—¡Maldita...! *(Se abalanza a él.)*

QUIROGA.—*(Interponiéndose.)* ¡Eduardo!

NEGRALES.—*(Idem.)* ¡Fermín!

LAURA.—*(Idem.)* ¡Dios mío!

NICANOR.—*(Idem.)* ¡Quietos!

CALUNGE.—*(Con Pilar, por la derecha.)* ¿Qué sucede?

NICANOR.—Nada, tonterías de éstos...

FERMÍN.—*(Mordiéndose las manos.)* ¡Este pollo!...

ANGELA.—*(Entrando por la izquierda.)* ¡Hola!

FERMÍN.—¡¡Malhaya sea!!

NEGRALES.—*(Aparte a Fermín, al ver a Angela.)* ¡¡Calla!!

FERMÍN.—¿Eh?

NEGRALES.—*(Como antes.)* ¡La del dinero!... ¡A esa mujer le entregué yo el dinero!...

FERMÍN.—*(Tapándole la boca.)* ¡Calla! Con esta noticia que m'has dao, soy yo el amo. Te has ganao la capa.

ANGELA.—Pero ¿qué pasa aquí?

FERMÍN.—*(Dominándose, sonriendo.)* Nada, señora, no pasa nada. *(Se quita la capa. Todos creen que lo hace para pelear, y hay un movimiento de todas las figuras.)* No asustarse. Si no es para acometer... *(Dándole la capa al Negrales.)* Es que se la regalo...

NICANOR.—Como San Martín.

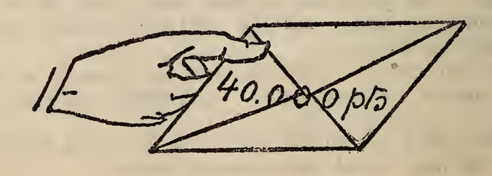
FERMÍN.—Aquél dió media capa nada más. *(Recitando muy chulonamente.)*

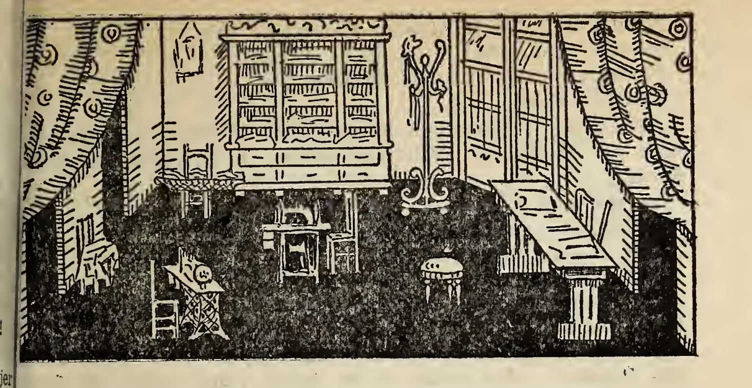
Yo no soy como aquel santo
que dió media capa a un pobre.
Yo le doy la capa entera,
y si le sobra..., que sobre.

Buenas tardes.

NICANOR.—Adiós, Pirandello.

TELON





ACTO TERCERO

La misma decoración que el anterior. Es de día.

(Al levantarse el telón no hay nadie en escena. El pequeño aller de costura dará la sensación de que el personal se ha ido comer dejando el trabajo en el punto en que estaba para eanudarlo unas horas más tarde. Suena un timbre dentro.)

ISIDRA.—*(Por la segunda puerta de la derecha, en traje de aena, masticando aún el bocado que tiene en la boca y limiándose con el delantal.)* Ni comer la dejan a una. Las se-oritas se van, la señora se echa un rato, y yo tengo que servir a don Nicanor y que abrir la puerta... *(Mutis por la izuierda, volviendo a salir al instante seguida del* NEGRALES, *ue trae los mismos pantalones y la misma americana que en l acto anterior, pero calza unos flamantes zapatos de color, on unos vistosos calcetines, se abriga con un chaleco-jersey e lana algo "tutankamexo" y se cubre con un frégoli claro, asi blanco, recién acabadito de comprar.)* Pase usted; don Nicanor está acabando de comer. Ya estaba en el postre...

NEGRALES.—Postre y todo. ¡Qué risa! Pues dile, monada, que leseo hablar con él.

ISIDRA.—Sí, señor. Y no se quite usted el sombrero.

NEGRALES.—Claro que no me le quito. Es nuevo; hay que ucirlo, y en la mano, a más de ensuciárseme, no tié vista.

ISIDRA.—*(Sin quitarle ojo, apoyándose en el quicio de la segunda puerta de la derecha y hablando hacia el lateral.)* ¡Don Nicanor! Que aquí le buscan... *(Pausa.)*

Negrales.—¿No te atreves a dejarme solo?
Isidra.—No, señor.
Negrales.—Tus razones tendrás.
Isidra.—Puede.
Negrales.—¡Caray, con la princesa del Sarro!... *(Isidra hace un gracioso y refilotero mohín.)* Y tú, ¿eres del mism Soria?
Isidra.—De Escamona, que está al lao.
Negrales.—¡Ay qué rica! ¿También eso?
Isidra.—Ya usted ve.
Nicanor.—*(En la puerta.)* ¿Quién?
Isidra.—Aquí, el... duque de Miranda... ¡Nos ha revacuna el tío Tutankamen!... *(Se va refunfuñando.)*
Nicanor.—*(Reconociéndole.)* ¡Ah!, ¿pero eres tú?... Perd na, hombre; pero como no te había visto nunca de medi gala... Cúbrete, cúbrete.
Negrales.—No se canse usted, porque no me le quito. Y el sombrero y los calcetines me los pongo por la mañana no me los quito hasta por la noche. Usos y costumbres.
Nicanor.—Allá tú. Y ¿qué es lo que deseas?
Negrales.—Hablar en seguida con usted y con su señor hermana de usted, de un asunto urgente, grave y reservao.
Nicanor.—*(Escamado.)* ¿Eh?... Tú...
Negrales.—Sí, señor.
Nicanor.—Es que mi hermana se ha echao un rato...
Negrales.—Con llamarla...
Nicanor.—¿Pero...?
Negrales.—Le advierto a usted que el "tangüis es moni".
Nicanor.—¿Cómo?
Negrales.—Que el tiempo es oro y no hay que perderlo e babieca, porque lo que yo voy a tratar es cosa que import muchísimo a usted, a ella y a mí. Me pongo el último no sól por educación, sino porque, como dijo Moisés, el último ser siempre el primero.
Nicanor.—Está bien, hombre; espera. No quiero que digas.. *(Se acerca a la segunda puerta de la derecha y dice hacia e interior del lateral.)* ¡Isidra, di a la señora que haga el fa vor de salir!
Negrales.—*(Sacando una gran petaca y ofreciéndole un pi tillo.)* ¿Apetece usted?
Nicanor.—*(Aceptándolo.)* ¡Gachó, y cómo vienes!
Negrales.—¡Pchs!
Nicanor.—Escucha, ¿eso de ayer, de Fermín, fué chipé o fué una broma del antiguo régimen?

NEGRALES.—¿El qué?

NICANOR.—Lo de regalarte la capa.

NEGRALES.—Chipén, rechipén. La empeñé en catorce duros le vendí a él mismo la papeleta, en cinco. El quería darme s diez y nueve machacantes y que no la pignorara.

NICANOR.—Claro.

NEGRALES.—Pero no, señor. Primero, porque al Monte de iedad, que es el único monte que uno tiene, hay que progerlo, y segundo, porque uno tiene su orgullo, y tenía yo ınas de darme postín yendo a empeñar una buena prenda. Como lo que uno pignora casi siempre son porquerías!

NICANOR.—Bueno, ¿y por qué fué el regalo? Porque, vamos, ɔ me explico...

NEGRALES.—Ahora, cuando salga su señora hermana, se hará sted cargo.

NICANOR.—*(Viendo a* ANGELA, *que entra en escena por la uerta de la derecha, segundo término.)* Aquí la tienes ya.

NEGRALES.—Se la saluda.

ANGELA.—Buenas tardes.

NICANOR.—Mujer, perdona que no haya respetado tu siesta; ero éste dice que tiene que hablarnos a los dos de algo muy rio, muy grave y muy urgente.

NEGRALES.—Sí, señora.

ANGELA.—Siéntese.

NEGRALES.—*(Sentándose.)* Gracias.

NICANOR.—*(A Angela.)* No se descubre, porque él se quita sombrero cuando se quita los calcetines, y no es cosa de...

ANGELA.—Claro.

NICANOR.—Bien, ya estamos los tres; tú dirás.

NEGRALES.—Pues al grano, porque yo, andando por las raıas, me mareo. A usted, señora, le di yo, equivocadamente, ace seis meses, en la calle de Santa Catalina, cuarenta bietes de mil pesetas.

ANGELA.—*(Levantándose, sobresaltada.)* ¿Eh?

NEGRALES.—*(Irónico.)* Siéntese, no se moleste.

ANGELA.—*(Que no sabe ni dónde está de pie.)* ¿Pero...?

NEGRALES.—Aquí, don Nicanor, que estaba complicao en aquel egocio...

ANGELA.—*(Aterrada.)* ¿Qué?

NICANOR.—*(Levantándose.)* ¡Poco a poco, Negrales!

NEGRALES.—*(Como antes.)* ¿También se va a molestar?

NICANOR.—¡Caramba, es que dices unas cosas!... Puede creer sta que yo...

NEGRALES.—Le suplico que no me interrumpa. Vuelvo a reetirle que el "tangüis es moni" y que quiero ventilar amis-

tosamente este asunto antes de que venga Fermín Rolán, q me temo que va a venir.

Angela.—Pero...

Negrales.—Le decía, señora, que equivocadamente le di usted aquella mañana el dinero en cuestión.

Angela.—*(Con gran entereza.)* ¡Falso!

Negrales.—Usted niega y yo me sonrío, porque, vamos, que me hago cargo de lo que ocurrió la mañana de autos, cu si lo viera. Como aquí, su hermano, sabía que un servido por si venían mal dadas, había convenido en largar la tela la Ramona en la calle de Santa Catalina, se puso de acuerd con usted, que, por lo que veo, gasta el mismo hábito qu ella, para que rondase también por aquellas proximidades cayese yo de párvulo, como caí; porque, en el azaramient es que caí, vamos, que no he vuelto a levantarme hasta aye que la vi a usted nuevamente.

Angela.—Pero ¿qué dice este hombre?...

Negrales.—Ahora que como Dios, que es muy sabio, mejo ra sus horas, y el demonio, que no es bruto, mejora sus m nutos, ha llegado el momento de la liquidación, que es a l que vengo. En el asunto intervinimos Fermín el Bizco, us tedes y yo. Cuarenta entre cuatro, a diez; vengan mis die mil, y allá ustedes con el resto de la comandita.

Angela.—Crea usted que no sé de lo que me habla.

Negrales.—¿Va usted a negarme a mí, en mi cara, que y le di por mi propia mano...?

Angela.—Yo niego delante de usted y delante de todo e mundo que mi hermano me hiciera cómplice de ninguna in famia. Y niego también, ¡lo niego!, ¡¡lo niego!!, que teng en mi poder ni un solo céntimo de ese dinero a que alude Como se equivocó la primera vez, se ha equivocado tambié la segunda.

Negrales.—¡¡Maldita!!

Nicanor.—*(Mediando.)* ¡Negrales!... Vamos, calma. Tran quilízate, Angela. ¡Por tu madre, Negrales!

Negrales.—*(Refrenándose.)* Tiene usté razón; vamos a ha blar francamente, sin chulerías ni pamplinas, y vamos a arre glar este asunto por las buenas, antes de que Fermín Rolán haga una de las suyas. El, con el achaque de ponerse a bien con Eduardo, que se la tiene jurá, está ahora mismo en casa de Quiroga, hablando con doña Manolita y...

Angela.—*(Aterrada.)* ¿Eh?

Nicanor.—*(Idem.)* ¿Pero crees tú que Fermín va a decirle que fué él mismo el que?...

Negrales.—Como él lo que busca es que Eduardo tarife con

Laurita, le está explicando lo del robo a su manera; es decir, zafándose él y echándome toda la culpa a mí. Así lo hemos convenido los dos, mediante una modesta suma, que ya me ha sido entregada. Ahora, que si ustedes, en vez de las diez mil que me corresponden, me dan quince, pues diré que usted no es la persona a quien di equivocadamente las pesetas..., y aquí no ha pasado nada.

Angela.—Puede usted decir lo que quiera. Yo no tengo nada que dar a usted, porque ni he sido cómplice de ningún robo, ni tengo en mi poder el dinero robado por nadie.

Negrales.—*(Lívido.)* Señora, mire usted lo que dice, porque se está usted jugando lo que vale más en este mundo: la vida.

Nicanor.—¡¡Negrales!! *(Se interpone.)*

Negrales.—¡Quite usted!... A mí no me pisa nadie un dinero que es mío, porque... ¡maldita sea!... *(Busca un arma.)*

Nicanor.—¿Qué vas a hacer?... *(Se oye hablar dentro a Fermín.)*

Negrales.—¡El! ¡Me cogió!... ¡Malhaya sea!... *(Se arrima a la pared de la izquierda para no ser visto por los que van a entrar.)*

Angela.—¡Salga usted ahora mismo de aquí!...

Nicanor.—*(Al ver a Manolita en la puerta de la izquierda.)* Cuidado, Angela...

(Entran en escena Doña Manolita *y* Fermín.*)*

Doña Manolita.—*(Temblorosa, llora.)* ¡Angela!... ¿Qué ha hecho usted con nosotros? ¿Y era usted nuestra protectora, nuestra amiga?... ¡Y nos protegía usted... por esto!... ¡Qué infamia! ¡Quién iba a decirme, que aquel dinero que nos socorría era el mismo robado a mi pobre marido con la complicidad de usted!...

Angela.—¡Falso! ¡Yo se lo juro!... *(Por Fermín.)* Ese hombre la ha engañado miserablemente.

Doña Manolita.—*(Viendo al Negrales.)* ¿Me ha engañado, y está usted aquí con su cómplice?...

Fermín.—*(Al verle.)* ¿Eh?... ¿Tú aquí?... ¿Era eso lo que habíamos convenido?

Negrales.—No te alteres, Fermín.

Fermín.—¡Eres un canalla, Negrales!

Negrales.—Tú déjame a mí. ¿Crees que por la pequeñez que m' has dao voy yo a cargar con toa la responsabilidad y a renunciar a lo que me corresponde? ¡Vamos, anda!

Fermín.—*(Lívido.)* ¿Pero le has dicho?... ¡Maldita sea!...

Negrales.—*(Sordamente, sin achicarse.)* ¡Qué no m' asustas, Fermín! ¡Y habrá lo que tú quieras que haiga!

Nicanor.—*(Dando un paso hacia ellos.)* ¡Vamos, señores!... Esas cuestiones se ventilan en otro sitio.

FERMÍN.—*(Separándose del Negrales.)* ¡Si no mirara!...

ANGELA.—*(A doña Manolita.)* Yo, señora, ¿lo oye usted bien?, puedo probar que en esta casa no hay un solo céntimo del dinero robado a su marido de usted.

NICANOR.—Puede usted creerlo, vecina. Esta ha prosperado gracias a aquella miniatura que vendió; ya usted recordará...

ANGELA.—No hay que dar explicaciones a nadie, Nicanor, y menos a quien no las merece. Yo juro que no he robado a nadie, ni he sido cómplice de nadie, ni tengo en mi poder dinero ninguno robado. Puedo, ante todos, justificar mi conducta, sincerarme... *(Risas dentro.)* ¿Eh?... Pero ahora, no... Vienen mis hijas y podrían sospechar.

DOÑA MANOLITA.—Es que...

ANGELA.—Yo sabré alejarlas de aquí, y entonces...

DOÑA MANOLITA.—Ha de ser pronto, Angela.

ANGELA.—Sí; se lo prometo; se lo aseguro. No temo a nada ni a nadie.

FERMÍN.—(¡Atiza!... El policía.)

NEGRALES.—(¡Mi madre!)

TERESA.—*(Entrando por la izquierda, seguida de* LAURA, PILAR *y* CALUNGE.*)* Sí, sí, tú ríete; pero ya verás. Hola...

PILAR.—¡Bah! Como ahora vamos tan bien acompañadas...

CALUNGE.—Se estima la fineza. Buenas tardes. *(Todos contestan.)*

NICANOR.—¡Calungito! ¡Pero muchacho!... *(Medio le abraza.)*

CALUNGE.—No sé si abuso...

NICANOR.—¿Quieres callar, hombre? Tú vienes siempre a tu casa, ¿verdad, Angela?

ANGELA.—Desde luego.

CALUNGE.—Muchísimas gracias. *(Las mujeres, menos doña Manolita, se disponen a trabajar. Angela entra y sale, arreglándolo todo.)*

NICANOR.—Siéntate, Calungillo. *(Se sientan.)* ¿Y de qué se reían ustedes, niñas?

TERESA.—De tu socio: de Guerrita.

NICANOR.—Ex socio. Me ha escrito esta mañana, dando por terminados todos los asustos que teníamos entre manos.

TERESA.—¡Bien le has tomado el pelo, tío!

NICANOR.—¿Yo?...

TERESA.—¡Claro! El pobre accedía a todos tus caprichos con la idea de... Y ahora que ha visto que ya no es posible, porque... Pues dice que quiere celebrar contigo una última entrevista para liquidarte.

NICANOR.—*(Riendo.)* ¡Para liquidarme!...

TERESA.—Y ha comprado un bastón de estoque para hacer bien la operación.

NICANOR.—¡Ordago!... *(Temeroso, a Pilar.)* ¿Has dejado bierto, niña?

PILAR.—A esta hora es costumbre...

NICANOR.—¡Reteórdago!... *(Ríen Pilar, Teresa y Calunge.)* 'or más que estando aquí Calungito... Bueno, quiero yo a este 'alunge como si fuera cosa mía. *(A Fermín y al Negrales, con ıtención.)* Porque éste me va a quitar de encima a más de n pelmazo.

FERMÍN.—Es posible. *(Levantándose y ofreciendo a Calunge n pitillo lo más peliculescamente posible.)* ¿Un pitillo?

CALUNGE.—*(Rechazándole.)* Gracias.

FERMÍN.—¿No fuma usted?

CALUNGE.—Fumo únicamente de los míos. Es una costumre de toda la vida.

NICANOR.—¡Claro, hombre! Un buen policía debe hacer eso iempre. A lo mejor, un tío criminal envenena un cigarrillo, e intoxica, le adormece y luego se siente chulito, y pide dinero otra cosa...

FERMÍN.—¡Caramba, don Nicanor!

NICANOR.—Hombre, no lo digo por ti ni por tu amigo. En mi asa no hay más que personas decentes.

NEGRALES.—Gracias por la justicia. *(Se lleva la mano al ombrero.)*

PILAR.—*(Al Negrales.)* Pero cúbrase.

NEGRALES.—Es comodidad, joven.

BENITA.—*(Con* CARMEN, *por la izquierda.)* Buenas.

CARMEN.—Buenas tardes.

ANGELA.—Buenas tardes.

CARMEN.—Jesús y cuánta gente.

BENITA.—¡Anda, el del frégoli!... *(Con mucha sorna.)* ¿El eñor viene a encargarse algún "trusó"?

NEGRALES.—El señor no se casa con nadie.

BENITA.—Lo siento por la raza.

NEGRALES.—¡Caray, qué chusca!

BENITA.—Pero, póngase el sombrero, que hay corriente.

NEGRALES.—Na, que me le voy a tener que quitar.

BENITA.—Don Nicanor, ahí le va a subir un amigo.

NICANOR.—¿Quién?

BENITA.—Guerrita, el de la carbonería. Lo raro que se me ıa hecho el verle de gorra y con bastón.

NICANOR.—¿Trae bastón?

BENITA.—Y de estoque, por cierto. Debe ser un regalo que le trae a usted, porque estaba viendo si entraba y salía bien, y le estaba poniendo salivilla en la punta.

NICANOR.—¡Mi madre! ¿Pero es que se piensa tirar a matar?

FERMÍN.—Ahí está ya,

NICANOR.—¡Ordago! *(Se dispone a huir.)*

CALUNGE.—No se vaya usted, don Nicanor. Es preferible qu afronte la situación de una vez.

NICANOR.—Pero...

CALUNGE.—Estoy aquí yo.

NICANOR.—*(Parapetándose detrás de una mesa.)* ¡Pero s yo no he retrocedido jamás ante el enemigo!... Que veng cuando guste...

GUERRITA.—*(Por la izquierda, muy airado y resueltamente.)* ¡Buenas tardes! *(Trae un grueso bastón y se cubre con un gorra muy grande que le tapa toda la cabeza. Apenas se le v el pelo.)*

CALUNGE.—*(Levantándose y contestándole en el mismo tono.)* ¡Buenas tardes! *(Desafiándole.)* ¿Qué hay?

GUERRITA.—*(En igual tono, comiéndoselo.)* Bien, ¿y usted?

CALUNGE.—*(Idem de ídem.)* ¡Perfectamente!

GUERRITA.—*(Idem de ídem.)* ¡Me alegro!... *(Pausa.)* ¡¡Maldita sea!!... *(Queda en el centro de la escena, crispadas las manos y mirando a la altura, como la estatua de la desesperación. Pausa.)*

BENITA.—*(Chuflona.)* Oiga usted, señor Guerrita: ¿ha subido la antracita?

GUERRITA.—*(Como si le hubieran aplicado una corriente eléctrica.)* ¡Maldita sea! ¿Pero quién me habla a mí ahora de carbón, que me lo como? *(Risas.)*

NEGRALES.—¡Vamos, hombre!... Una cuchufleta femenina...

GUERRITA.—*(A Negrales.)* Usted se calla. Porque usted es... lo que es, y yo soy lo que soy, y delante de mí tiene usted que descubrirse.

NEGRALES.—Na, que l'han tomao con mi sombrerito.

GUERRITA.—*(A Nicanor.)* Ya supondrá usted a lo que vengo. Porque lo que ha hecho usted conmigo exige que usted y yo hablemos muy seriamente y sin testigos ni pamplinas. Y no se crea usted que me refiero ahora a los negocios; que de eso de los negocios ya se ocupará el Juzgado de guardia.

NICANOR.—¡Ordago!

GUERRITA.—Ni aludo tampoco a lo de Pilarcita y... *(Mirando a Calunge.)* ¡Maldita sea mi vida¡ Que no tenía yo razón. Esta noche he reflexionao y no tenía razón. Trabajando, trabajando, no me he dao cuenta de que han pasao los años pa mí, y aunque por dentro yo me siento nuevo, por fuera... ¡Maldito sea el carbón! *(Secándose una lágrima de un manotazo.)* ¡Así me haga cisco un rayo del cielo!...

NEGRALES.—*(Estornudando.)* ¡Achís!

NICANOR.—*(Que no comprende.)* Entonces, amigo Guerrita... Si no son los negocios, ni es lo de...

Guerrita.—Es que me dijo usted, ¡maldita sea mi sangre!, que con aquel tinte me iba usted a quitar treinta años de encima, y no hay derecho a ponerlo a uno de esta manera. *(Se quita la gorra y enseña la cabeza. Tiene el pelo a parches; un mechón gris, otro rubio y otro negro; un espanto.)*

Benita.—¡Jesús!

Fermín.—¡Mi madre! *(Risas.)*

Guerrita.—Y esto lo ha hecho usted pa que yo no salga a la calle y verse libre de mí. Que usted es capaz de eso y de mucho más. Porque usted a mí me ha engañao, me ha martirizao, me ha crucificao y, ya en la cruz, m'ha dao un lanzazo en el corazón como hizo Longines con Nuestro Señor.

Isidra.—*(Que atraviesa la escena con un canasto.)* ¡Longino!

Guerrita.—Cualquiera se "dequivoca", birria, que eres una birria... Ahora que yo... Yo voy a contestar a esto del cabello con un descabello. *(Besándose la mano.)* ¡Está jurao!

Nicanor.—Yo también le juro a usted, amigo Guerrita, que en eso del tinte no tengo yo arte ni parte. Es que se ha equivocado usted de frasco, caramba. Recuerde que yo le di a usted un tarro con "Brillantina india", que es ese que tiene un indio plumífero pintado, y otro tarro con ferro-discopodia-faculífera, para el negocio de los anzuelos luminosos, y usted se ha dado con la faculífera.

Teresa.—Claro. ¡Qué culpa tiene el tío!

Fermín.—Además, que, bien mirado, es... hasta bonito. Por lo menos, es nuevo y lo nuevo siempre atrae.

Guerrita.—*(A Calunge.)* Prepárese usted para llevarme a la cárcel. Porque a mí me dicen: "Usté s'ha equivocao", y yo lo creo posible y enmudezco. Pero a mí me repite este tío que esto es bonito y yo me busco una ruina. *(Se pone la gorra.)*

Calunge.—Hombre... ¿Y qué es eso de los anzuelos luminosos? Me interesa.

Guerrita.—Uno de los muchos infundios del señor, que ya explicará ante los Tribunales. Nada, unos anzuelos luminosos para pescar con caña. Se les pone su cebo, se echan al agua, y cuando pican se aprieta un botoncito, el anzuelo se ilumina y ve uno si el pez es grande o chico y si conviene cogerlo o no. *(Risas.)*

Eduardo.—*(Entrando.)* Buenas tardes.

Negrales.—*(Temeroso.)* (¡El que faltaba!)

Fermín.—*(Idem.)* (¡Por vida!...)

Laura.—(¡Jesús!)

Eduardo.—*(Al ver a Fermín.)* ¿Eh?

Nicanor.—(¡Atiza!)

Eduardo.—*(A Fermín.)* Le dije a usted, ayer tarde, que vol-

ver a poner los pies en esta casa era jugarse la vida a cara o cruz.

LAURA.—¡Eduardo!

EDUARDO.—¡Salga usted conmigo!

FERMÍN.—Yo voy siempre adonde me llaman.

NEGRALES.—Y yo le acompaño.

CALUNGE.—*(Deteniendo a todos.)* ¡Quietos!

DOÑA MANOLITA.—¡Eduardo!

EDUARDO.—Déjeme, madre. Ese hombre ofende con su presencia; ese hombre no puede entrar en una casa honrada.

DOÑA MANOLITA.—Es que ésta... no lo es. Acabo de saberlo.

TODOS.—*(Asombrados.)* ¿Eh?

EDUARDO.—*(Idem.)* ¡Madre!

LAURA.—¡Señora!...

DOÑA MANOLITA.—Tú no puedes reñir con un hombre que es... lo que es ese hombre, y a quien encuentras en esta casa, en la casa de sus cómplices; porque, sábelo: fueron ellos los que robaron a tu padre. *(Asombro en todos.)*

EDUARDO.—¿Eh?...

ANGELA.—¡No!... ¡¡Miente!!... ¡¡Miente!!

NEGRALES.—¡Señora! ¿Se ha vuelto usted loca?

FERMÍN.—Na; que s'ha creído una bola que yo le metí pa ver si su hijo reñía con la andova.

NEGRALES.—¡Por defender a su hijo, no calumnie a nadie, ni acuse a nadie, señora!

DOÑA MANOLITA.—*(Con gran energía.)* ¡Sí! ¡Acuso!... *(A Calunge.)* ¡Y acuso delante de usted!... Esa mujer tiene el dinero que robaron esos hombres a mi marido.

TERESA.—¡Jesús!

LAURA.—¡Dios mío!

BENITA.—¡Virgen Santa!

CARMEN.—¡Por Dios!

ANGELA.—¡¡No!!

NEGRALES.—¡Señora!

FERMÍN.—¡Mentira!

(A un tiempo.)

PILAR.—*(A Calunge.)* ¡No la creas!... ¡Mi madre es incapaz de eso! ¡No la creas!

CALUNGE.—¿Qué he de creer, criatura?

DOÑA MANOLITA.—¿Eh?...

CALUNGE.—Las cuarenta mil pesetas robadas a Quiroga han sido devueltas al Banco.

TODOS.—*(Asombrados.)* ¿Eh?

DOÑA MANOLITA.—¿Qué dice?...

CALUNGE.—No sé cómo ni por quién. Lo sabré más tarde. *(Estudiando el efecto que causan sus palabras.)* Yo soy el en-

cargado de este asunto...; que por eso estoy aquí en este momento.

PILAR.—*(Comprendiendo y apartándose de él.)* ¿Eh? ¿Pero?...

CALUNGE.—*(Deteniéndola suave y cariñosamente.)* No interpretes mal mis palabras... Lo cortés no quita lo valiente.

DOÑA MANOLITA.—¿Pero dice usted que?...

CALUNGE.—Que esta mañana he recibido unos renglones del director del Banco, comunicándome esa noticia y citándome para esta tarde.

NEGRALES.—*(A doña Manolita.)* ¿Está usted viendo, señora?...

NICANOR.—*(Idem.)* ¡Claro! ¿Está usted viendo? Ha cometido usted una gran ligereza...

FERMÍN.—Se conoce que a su marido de usted se le cayó el sobre con los billetes, alguien lo encontró, y cuando ha sabido a quién pertenecían, pues...

CALUNGE.—¿Sabía usted que los billetes iban en un sobre?

FERMÍN.—*(Cortado.)* Hombre... He dicho en un sobre como podía haber dicho en otra cosa cualquiera.

NEGRALES.—Lo principal es que estando allí el dinero, no hay que hablar de robos ni de pamplinas, señora, que... ¡caray! ¡Cualquiera que la hubiese oído!... Menos mal que aquí nos conocemos todos y... Pero, en fin, me voy de aquí dolido y amargao.

FERMÍN.—Digo lo mismo. No se puede acusar con esa ligereza... Ahora que, como es de buenos el perdonar, por mi parte, perdono y hasta olvido. *(A Negrales.)* ¿Vamos?

NEGRALES.—Vamos. *(Se dispone a hacer mutis.)* Buenas tardes.

CALUNGE.—*(Ante la puerta de la izquierda, deteniéndoles con el ademán.)* ¡No!

FERMÍN.—¡Eh!

CALUNGE.—Cuando yo pueda acompañarles. Como futuro hijo político de doña Angela, quiero hacer a ustedes los honores de la casa...

FERMÍN.—Para qué se va a molestar...

CALUNGE.—No es molestia, es un deber. Pero antes de salir con ustedes, tengo que hacer unas preguntas a estas señoras y...

FERMÍN.—A su gusto.

NEGRALES.—Soy su esclavo. (Me he caído con... el medio equipo.)

CALUNGE.—Deseaba yo saber...

DON BERNARDO.—*(El médico afable del acto primero, entrando por la izquierda, precipitadamente y un poco jadeante.)* ¡Angela!... ¡Angela!... Buenas tardes a todos... ¿Eh? ¿Está aquí

doña Manolita?... De su casa de usted vengo. Quería ser yo el primero que le comunicara la grata noticia.

DOÑA MANOLITA.—¿A qué alude usted, don Bernardo?

DON BERNARDO.—A que vengo del Banco Español, y resulta que anoche, cerca de las ocho, cuando iban ya a cerrar las oficinas del Banco, llegó un sacerdote y entregó al director las cuarenta mil pesetas robadas a su marido de usted. El dinero se lo habían entregado a él en el santo confesionario, bajo secreto de confesión, una persona que, por lo visto, lo encontró casualmente, y que, aunque tarde, lo ha devuelto para no perjudicar al señor Quiroga.

GUERRITA.—*(Entusiasmado.)* ¡Eso es decencia, y eso es corazón!

BENITA.—*(Idem.)* ¡Un corazón muy grande!

DON BERNARDO.—Ya lo creo. Devolver lo que no se ha robado, y cuando tal vez se necesita, es más que de persona buena: es de santa.

NICANOR.—*(Conmovido.)* Y eso es esa persona: una santa.

ANGELA.—¡Calla!

LAURA.—¿Eh? ¡Madre!... *(Angela le impone silencio.)*

DOÑA MANOLITA.—*(Llorando.)* ¡Angela!... Perdóneme usted. Yo estaba ciega. Delante de todos le pido perdón.

ANGELA.—¡Señora!...

(Todos están muy afectados, especialmente don Bernardo.)

FERMÍN.—¡Qué corazones!...

NEGRALES.—*(A Calunge.)* No lloro pa que no digan luego que soy un cocodrilo; pero, vamos, es que las lágrimas me las veo de venir.

DON BERNARDO.—Segunda perra que cojo hoy; porque la que cogí con Quiroga en el Banco, cuando le dijeron que estaba repuesto en su cargo...

TODOS.—¿Eh?

EDUARDO.—¿Que mi padre?...

DON BERNARDO.—Y tú también...

EDUARDO.—¡Laura!...

DON BERNARDO.—¡El pobre Quiroga se quedó en su casa con una congoja!...

BENITA.—¡Vamos a verle!

CARMEN.—¡Sí!

PILAR.—Vamos... *(Se van por la izquierda Manolita, Pilar, Teresa, Carmen y Benita.)*

LAURA.—*(A Eduardo.)* Ve; luego iré yo... *(Eduardo se va por la izquierda con don Bernardo.)*

NICANOR.—*(A Guerrita, con quien habla.)* Pare usted, amigo Guerrita. Muy pronto le pagaré esos piquillos, gracias a un

nuevo invento que he hecho: el cinematógrafo de bolsillo. Un cine del tamaño de una fosforera, para poder proyectarse en la palma de la mano. *(Haciendo mutis con Guerrita por la derecha primera puerta.)* El cine "qua non". *(Se van.)*

CALUNGE.—*(A Fermín y Negrales.)* ¿Vamos, señores?...

FERMÍN.—Hombre... Puesto que tó se ha arreglao satisfactoriamente... y eso que le dije a doña Manolita fué una broma...

CALUNGE.—A mí no tiene usted que indicarme el camino que debo seguir. Pase usted.

FERMÍN.—Gracias.

NEGRALES.—*(Quitándose el sombrero ceremoniosamente.)* Lo mismo digo. Y ya ve usted que hasta me quito el sombrero. *(Se van los tres. Angela se deja caer llorando en una silla.)*

LAURA.—¡Madre mía! Nunca te pagaremos lo que has hecho por nosotras.

ANGELA.—¡Cuando tengas hijos sabrás de todo lo que es capaz una madre!

TELON



Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.